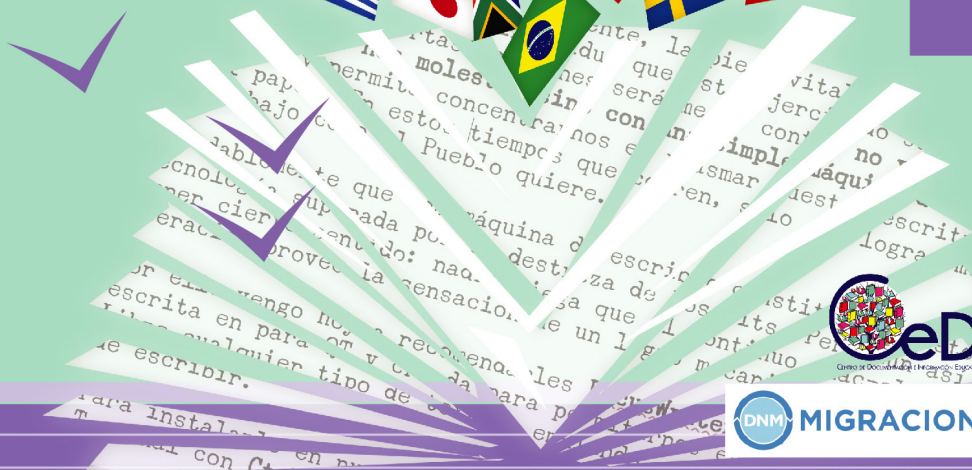


Antología del Certamen Literario

Migrantes en el SIGLO XXI



2018



Antología del Certamen Literario

Migrantes
en el
SIGLO XXI



2018

Centro de Documentación e Información Educativa Alicia Pifarré
Migrantes en el Siglo XXI 2018 : antología del certamen literario / editado por
Tomás Watkins. - 1a ed. - Neuquén : Centro Editor, 2019.
86 p. ; 21 x 14 cm.

ISBN 978-987-47407-3-1

1. Literatura. 2. Inmigración. 3. Inmigrante. I. Watkins, Tomás, ed. II. Título.
CDD 860

CONSEJO PROVINCIAL DE EDUCACIÓN DEL NEUQUÉN

Ministra de Educación y Presidenta del CPE

Prof. Cristina A. Storioni

CENTRO DE DOCUMENTACIÓN E INFORMACIÓN EDUCATIVA "ALICIA PIFARRÉ"

Director Provincial CeDIE

Bibl. Iván Ramiro Nicola

CENTRO EDITOR

Editor

Tomás Watkins

Diseño y maquetación

Iván Moyano

Diseño de tapa

Andrés Iommi

cedie.neuquen.gov.ar/CENTRO_EDITOR

Fecha de catalogación: 19/11/2019

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

Se permite la reproducción del contenido siempre que se cite la fuente.

Esta antología conformada por relatos, escritos por jóvenes estudiantes de los últimos años de la Escuela Secundaria Neuquina, y seleccionados a través del certamen “Migrantes en el siglo XXI”, son el resultado del gran trabajo desarrollado también por familiares, profesores y profesoras de los jóvenes que lograron expresarse.

Estas narraciones reflejan una multiplicidad de sentimientos encontrados, que le permiten al lector conocer la percepción de los jóvenes con relación a los movimientos poblacionales, como un derecho humano universal incuestionable.

Prof. Cristina A. Storioni
Ministra de Educación y Presidenta del CPE

“Migrantes en el Siglo XXI”, concepto y desafío

Al andar se hace camino
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.

Antonio Machado

“Migrantes Siglo XXI”, como concepto, esconde un anhelo de compromiso con quienes en este siglo principiaron la gran empresa de migrar de sus terruños, dejando su patria, sus hogares, sus seres queridos, para ir en busca de cobijo en tierras lejanas. Así, emprendieron su marcha en el drama y la incertidumbre para ir en busca de la felicidad, que muchas veces se les volvió esquiva.

Sabido es que muy pocos emigran por su propia voluntad o sin involucrar cuestiones exógenas a su propio sentir, sino que la inmensa mayoría tuvo que afrontar la odisea por motivos de persecuciones políticas, religiosas, raciales o escapando de la hambruna que sesgaba el porvenir propio y el de los suyos. De este modo, pasado el calvario al que tuvieron que sobreponerse para llegar a sus destinos, cuando al fin y después del odioso peregrinar culminaron sus proezas, se enfrentaron a la penuria de tomar cabal conocimiento de que apenas habían iniciado su travesía. Aún les retaba superar los lacerantes obstáculos de la violencia contra ellos en el “oasis soñado”, sea por ignorancia o tiranía: sin distingos de clases sociales, condiciones culturales, sexos o edades.

“Migrantes Siglo XXI”, como concurso literario, fue pergeñado con la finalidad de que nuestra sociedad se preparara desde la cuna misma de su intelectualidad para ver al inmigrante como

ese ser humano, de carne y hueso, igual que todos, ese ser humano herido, cansado, sufriente y angustiado, que en su drama peculiar busca en tierras lejanas su anhelo de felicidad para sí y su familia, y que para lograrla tiene que superar las miserias de los propios hombres y mujeres del lugar que pretendía habitar. El concurso propone un desafío a los estudiantes: que en un esfuerzo espiritual y piadoso, se coloquen por unos momentos en el lugar de ese cuerpo lacerado, andrajoso y hambriento, a fin de que puedan reflexionar sobre las heridas que les propinamos cuando nos desentendemos de esas realidades; que no son otras que realidades de nuestra propia humanidad.

Por último, pero no menos importante, es dable mencionar que “Migrantes Siglo XXI” es fruto de un esfuerzo mancomunado entre la Dirección Nacional de Migraciones Delegación Neuquén y el Consejo Provincial de Educación, a través del CeDIE. Dos instituciones comprometidas con la humanidad de nuestra Patria. Mi agradecimiento especial a la Lic. Andrea González, Asesora de Relaciones Institucionales de Migraciones Neuquén y al Director General de Asistencia Técnica del CeDIE, Tomás Watkins, quienes hicieron posible la concreción de este desafío.

Dr. Ricardo E. Leszczynski
Delegado Nacional Migraciones Neuquén

Migrar, ser migrante. La mirada sobre la migración

En 2018, la Dirección Nacional de Migraciones Delegación Neuquén y el CeDIE pusieron en marcha un concurso literario con el objetivo de abrir un espacio que convocara a la juventud para que pueda expresar sus ideas respecto de la migración de personas en este siglo, tan distinta y, a la vez, similar a la de tiempos anteriores.

El certamen literario “Migrantes en el siglo XXI” fue lanzado para estudiantes de últimos años de escuelas secundarias públicas de Neuquén, en todas sus modalidades. Medio centenar de participantes de toda la provincia acudieron al llamado. Nuestra tarea como miembros del Jurado fue decidir el orden de mérito en relación con el otorgamiento de premios que el certamen dispuso. En virtud a las aptitudes estéticas y compositivas de los trabajos, no fue para nada una labor sencilla. Luego de varias jornadas de discusión y argumentación, quienes resultaron merecedores de los premios fueron Víctor Daniel Vielma Oliveira, Sol Sepúlveda y Violeta Zalazar, mientras que Juan Corsino, Daniela Gutiérrez, Lizbeth Torres y Luna Mueña recibieron menciones de honor por su destacado desempeño.

Los trabajos que integran el presente volumen concursaron en el certamen. Nos fue muy grato comprobar que imaginación y creatividad abundan en la juventud de nuestra provincia. A pesar de que muchos no se atuvieron al lema del certamen, celebramos que sendas competencias impulsaran la inspiración y la escritura en tantos chicos y chicas.

Observamos, como un signo saludable de estos tiempos, que en las tramas aflora la manifestación, en clave ficcional, de los asuntos vinculados a la violencia de género, trata de personas y

el rol de la mujer en esta sociedad cambiante.

Lamentablemente, no figura la totalidad del material presentado debido a que, muy a nuestro pesar, no pudimos obtener todas las autorizaciones de publicación de sus autores y/o tutores. Pedimos desde ya disculpas por no haber logrado reunir la muestra completa.

Agradecemos muy especialmente a la Dirección Provincial de Educación Secundaria por haber organizado el trayecto de visitas a los establecimientos educativos a fin de estimular la participación.

Ricardo Koon, Nazarena Monsierra, Tomás Watkins

Jurados

Certamen Literario Migrantes en el Siglo XXI

Cruzando fronteras

Víctor Daniel Vielma Oliveira

CAPITULO 1: Comenzando con tristeza

Estábamos mi mamá, hermana, mis otros parientes y yo. Esperábamos el colectivo en el terminal de pasajeros de Ojeda. Ya era de noche; había muchas personas que iban y venían.

Para mí lo más importante era que estaba con mi familia, mi abuela, mi tía, mi tío, mis primas y mi papá. Hablamos, mis familiares me daban consejos, palabras de aliento, no quería dejar a mi familia.

Es extraño, nunca se me pasó por la cabeza abandonar mi Venezuela... en un abrir y cerrar de ojos mi mamá se fue, después de mucho tiempo ella estaba de regreso, ahora es nuestro turno de irnos, quedarnos no era una opción. Hambre e inseguridad no se deben mezclar. ¿Ustedes abandonarían su país para buscar un mejor futuro? Es difícil y aún lo sigue siendo, estaba abandonando mi cultura. Imaginen que llegaron a otro país pero no salió como lo imaginaban y todo fue en vano, el peso es insoportable.

En mi caso yo sabía que la pasaríamos mal por momentos, pero acepté los riesgos...

Llegó el colectivo, empezamos a despedirnos, sí, lloramos, mi abuela, mis tíos, mis primas (con las cuales crecí desde que tengo memoria). Subimos las maletas, acto seguida nos subimos al colectivo, caminamos y nos sentamos en nuestros puestos, mi papá se subió para una última despedida. Mientras se despedía lloraba, al igual que yo, mi hermana y mi mamá. Me duele mucho abandonar a mi familia. Mi papá se bajó del colectivo y nosotros nos despedíamos desde la ventana...

El colectivo empezó a desplazarse, no parábamos de llorar den-

tro. Se parece mucho a las películas tristes, pero es la realidad, parece que exagero, pero es la realidad, no es un simple viaje. ¿Qué tanto hay que cambiar para adaptarse a otro país?, mucho tienes que cambiar, casi todo, tu manera de hablar, de expresarte, incluso tu manera de pensar.

CAPITULO 2: Comienza la travesía

Me quedé dormido en el colectivo, (dormir en un puesto de colectivo no es cómodo); al despertar no sabía qué hora era, caculo que como 4 a.m. El colectivo se detuvo en una terminal, todavía estaba oscuro y frío. Mi hermana estaba cansada al igual que todos, bajamos las maletas con un amigo de mi mamá que nos acompañaba en el viaje, me quedé esperando con él en lo que mi mamá y hermana estaban resolviendo unos asuntos. Cuando regresaron retomamos el viaje, buscamos un taxi; una vez que lo conseguimos nos subimos y nos fuimos. Mientras el auto se movía, el sol se asomaba y yo tomaba el sol desde la ventana como si fuera un reptil de sangre fría. Al acercarnos a nuestro destino me daba cuenta de la masa de personas que se movían a nuestro alrededor, resulta que estábamos en el límite de Venezuela y Colombia, cruce donde está prohibido el paso de los vehículos: sólo pasan peatones.

Nos bajamos y continuamos a pie. Teníamos que estar cerca de mi mamá, me podía perder con facilidad debido a la cantidad masiva de personas. Hicimos una fila para que nos revisaran las maletas, no nos dejaban pasar algunas cosas y se armó un escándalo; sin embargo, al final nos dejaron pasar todo y seguimos nuestro camino.

Tras pasar el puente Simón Bolívar, límite definitivo de Venezuela y Colombia, tuvimos que hacer rotar fila para sellar los pasaportes. Tomamos otro taxi que nos llevó al aeropuerto de Cúcuta; no tenía puertas, era de dos pisos, pero el de arriba no estaba terminado. Nos tendríamos que quedar en el aeropuerto

24 horas (tendremos que ponernos cómodos porque estaremos aquí mucho tiempo, pensé)... hicimos una fila con mi mamá (¡QUÉ TIENE EL MUNDO CON LAS FILAS!), les pusimos unas etiquetas a las maletas y las envolvieron con un papel de embalar, para después sentarnos en una banca.

CAPITULO 3: El odio y la necesidad

Me levanté de la banca, comencé a explorar el aeropuerto y me encontré con una caja de cambio (como el nombre lo dice, es para cambiar un sistema monetario a otro), divagaba maravillado por todo el lugar pero decidí regresar. Cuando llegué, mi hermana y mi mamá estaban en el mismo lugar.

-Vamos a desayunar- dijo mi mamá, mientras se levantaba de la banca.

Nosotros la seguimos hasta llegar a las escaleras. Al subir al segundo piso mi mamá estaba con la lengua de corbata; cruzamos a la izquierda y allí estaba el área de comida. Probamos una gaseosa horrenda y nos fuimos a una sala de espera. De camino me encontré un kiosco que vendía todo tipo de dulces entre los que estaba el Huevo Kínder Sorpresa. La última vez que comí uno fue a los 8 años (ahora tengo 14 años), me volteo y le digo:

-Mamá, cuando lleguemos lo primero que quiero hacer es comer un Kínder Sorpresa

En Venezuela la condición estaba mal; llegamos al punto de que es imposible ningún tipo de dulce, todo iba a parar a la comida. A mi mamá, que antes estaba en Argentina, le daba dolor cuando desechaban la comida dañada (que vencía la fecha de caducidad).

Ella se preguntaba:

-pobre de mis hijos... quién sabe si habrán comido...

Seguimos nuestro camino, llegamos a las bancas, estábamos aburridos y cansados. Usaba mi teléfono para distraerme, las horas pasaban muy lentamente, como dicen en Venezuela: más lento que un día de hambre. Estaba en el segundo piso, me acerqué a la baranda, me dio risa, la mayoría de las personas eran de Venezuela, se podían diferenciar debido que sus pasaportes eran rojos y tenían un distintivo acento, incluso el pibe (bueno, no era un pibe, en realidad parecía graduado no hace mucho), que estaba al lado de mí, era venezolano, hablamos como no tienen idea, también se unió mi mamá y otra chica; después de eso quería dormir, no me había sacado los zapatos en dos días... cuando me los saqué era horrible, los dos uñeros (uñas encarnadas) que tenía en el mismo dedo, el pulgar del pie, cuyo tejido infectado creció por encima de la media, ustedes no han visto cuando colocan “algo” a una planta y con el tiempo la planta crece alrededor de ese “algo”, así mismo sucedió pero en vez de una planta era mi pie y ese “algo” era mi media, fue muy doloroso pero logré sacarme la media y dormí como pude sobre esa banca de metal.

Ya era la 1 a.m., todo estaba apagado; un guardia se acercó y nos dijo que no nos podíamos quedar allí, nos corrió casi a la salida, tiramos las camperas en el suelo (en qué clase de aeropuertos ponen a los viajeros a dormir en el suelo como un perro). En Colombia odian al venezolano, pero no es totalmente su culpa, no somos los primeros venezolanos en Colombia: los invadimos, como la peste bubónica en Europa... Pero ¿qué más podemos hacer?, ésta es la opción más viable que tenemos.

CAPITULO 4: Mi primer vuelo

Mi mamá me despertó para seguir con nuestro viaje: tuvimos

que esperar (¡OTRA VEZ!) el avión, estaba nervioso debido que era la primera vez que volaría.

El avión llegó y nos subimos ¡todo era nuevo para mí! El avión tenía su propia cocina (era como una casa).

Nos sentamos en nuestro respectivo puesto, tristemente no me senté cerca de la ventana, pero bueno, el asiento tenía incluido su almohada y su sábana. Todo era muy cómodo.

No me di cuenta de la hora, para mí fue un viaje rápido, sin embargo, no lo sentí. Nos bajamos del avión, estábamos en Bogotá, el aeropuerto era tan grande que nos perdimos, una hora después pudimos encontrar el avión, llegamos a tiempo y subimos. Me senté cerca de la ventana; cuando el avión despegó sentí una fuerza que me impulsaba hacia atrás (suerte que tenía el cinturón), a medida que subíamos todo se tornaba más y más pequeño. En un punto del viaje estábamos a tal altura que no se lograba ver nada, sólo había nubes. Nos dieron comida, no estaba nada mal, y pasaron una película. Fueron ocho horas de viaje por el aire.

El avión empezó a descender, nuevamente se vio la ciudad, el suelo de a poco se acercaba. Finalmente aterrizamos. Nos bajamos, salimos del aeropuerto, tomamos un taxi que nos llevaría a la próxima parada.

Al llegar todo era frío, (nunca sentí el frío estando en Venezuela); mientras esperábamos a mi mamá, mi hermana y yo nos pusimos a jugar con el vapor: abríamos la boca y exhalábamos, lo hacíamos una y otra vez. ¡Mi mamá llegó con unos cafés! Los bebimos, el colectivo no tardó mucho en llegar, subimos y nos dirigimos a nuestro destino, (ya estamos más cerca).

CAPITULO 5: Un paso más cerca

Mi mamá me despertó, el colectivo se detuvo: estábamos en Chile. Bajamos las maletas y nos fuimos en un taxi a la casa de una amiga de mamá, quien nos ofreció hospedaje (durante

los cuatro días que estuvimos viajando mis camas habían sido el suelo y asientos de colectivos). Cuando llegamos nos recibió muy cálidamente, nos ofreció comida y nos prestó su baño (tuvimos que bañarnos rápido, me parecía extraño que cobrara por los servicios. En Venezuela esos servicios eran gratis). Yo estaba agradecido de poder bañarme: como tenía tres días sin bañarme, a pesar que fue rápido me sentía renovado).

Después de bañarnos fuimos de paseo y de compras, ¡me encontré con cosas que nunca había visto! Noté que los vendedores ambulantes corrían cada vez que miraban los policías, hacían sonar un silbato o algo así; los policías se acercaban y los vendedores corrían, era como correr hacia un grupo de palomas para que salieran volando. Resulta que los policías lo hacían por diversión.

Paseamos por todos lados, me compraron un montón de cosas, me encantó todo. La próxima vez visitaremos más.

CAPITULO 6: Finaliza el viaje, comienza el cambio

Tomamos el colectivo de regreso a nuestro viaje en el camino. Enorme cambio que me esperaba, (siempre costará cambiar: he sabido de personas en Argentina que han viajado de una provincia a otra y experimentan un cambio muy grande; ¡entonces imaginen atravesar cinco países! Es un cambio drástico), me quedé dormido nuevamente, (estoy agotado, ansío descansar). Al despertar estábamos pasando por la Cordillera de los Andes: todo estaba nevado, no nos pudimos parar (en serio, quería tocar la nieve). Luego de 24 horas llegamos a la terminal de Plottier, (la última parada del viaje, ¡al fin!); nos bajamos, buscamos las maletas y nos adentramos en la terminal, nos sentamos en el área de comida, a esperar la pareja de mi mamá. Por suerte no esperamos mucho (estoy ya cansado de esperar); nos subimos en su auto y nos fuimos, de camino a lo que sería mi nueva casa, de camino todo era hermoso, tranquilo. Pasamos un

pequeño puente, debajo de éste estaba lo que creí que era un río, era una sequía (en Venezuela, los ríos son del tamaño de una acequia), resulta que los ríos en Argentina son relativamente más grandes. Al llegar a la casa tenía sólo una cosa en mente: ¡dormir! Nos bajamos, entramos en la casa, nos prepararon unas camas... una vez listas me acosté y dormí plenamente, estaba cómodo y caliente, era perfecto, después de un viaje así no hay nada mejor que un buen descanso. Sin embargo, me esperaba un cambio que hacer.

Epílogo

Desde ese viaje las cosas mejoraron, me acuesto con el estómago lleno... pero lo importante es que estoy con mi familia que por cierto se agrandó, tengo dos hermanos nuevos, y una familia postiza. El primer día me tocó quedarme con mi hermana y mi hermano Lían de 6 meses. En Argentina hay mucho viento y frío. Afortunadamente me he encontrado con muchas personas que me ayudan, pero tengo mucho que cambiar; mi padrastro es extremadamente estricto y no sabe tratar con personas, pero no es su culpa, con todo lo que vivió. Estando aquí he aprendido cosas que estando en Venezuela nunca aprendería, las cosas son muy diferentes pero qué se le va a hacer, uno tiene que cambiar para entrar en esta sociedad.



El éxodo de la mariposa

Sol Sepúlveda

”Lo que la oruga llama el fin, el resto del mundo le llama
mariposa”

Lao Tsé

Partir es morir un poco. Dejar atrás la familia de uno, las amistades, el barrio, la ciudad. Cargar la valija y cerrar las puertas de la casa para abrir otra donde todo es incierto.

Decir basta y marcharse voluntariamente o por necesidad, hay miles de razones ahora: por falta de trabajo, oportunidades y hasta por desilusión y decepción, la ciudad deja de ser la ciudad apropiada y deja de ser una opción.

Me senté frente a mi computadora. Había ido a la peluquería a peinarme con ese peinado coqueto que había visto el otro día en una revista. Me había pintado las uñas con diseños diferentes en cada una: para ser moderna. Había sacado del ropero mi vestido rojo —ése de la minifalda que me gustaba lucir cuando iba a bailar con Felipe— y me lo probé con mis tacones nuevos. Estaba bien guapa y lo sabía. Así que decidí sacarme unas fotos y colocarlas en la página de Facebook. Al fin de cuentas, no había cambiado mi foto de perfil desde hacía muchos meses.

Subí las fotos y las respuestas no tardaron en llegar. ¡Qué guapa estás! ¡Bellísima! ¿Me prestás tus aretes? ¡Te ves mejor que nunca! Ochenta comentarios en una hora de parte de mis amigos y de la familia. Me sentí como la mujer más bella del mundo.

Hasta que llegó Felipe...

- *¿Cómo te atreves?*

me gritó, mientras me agarraba el brazo y me empujaba al sofá de la casa que compartíamos “¿Acaso mi mujer es una zorra para que se muestre así al mundo entero?”

-Pero si no he hecho nada malo... intenté decir, con miedo en la boca -sólo quise...

Si me preguntás qué fue lo peor no sé, no sabría qué contestar. Las sensaciones se superponen. Recuerdo que me sentía muy pequeña, usé todas mis fuerzas para sacármelo de encima y no conseguí ni moverlo. Pequeña y vulnerada, así me sentí. Después sus amenazas me hicieron pensar en hacer algo contra él... pensé en matarlo, pero fue por el dolor de tener la certeza de que lo que él había roto entre nosotros no se arreglaría nunca más, porque es imborrable. Nunca pude ni intentarlo, la violencia no está en mi esencia, no soy así. No podría golpear a alguien.

Pensé por varios días cómo hacer para irme de esa casa la cual ya no sentía como mi hogar. Sentía miedo a cada minuto en presencia de Felipe, hasta que una tarde ordenando la biblioteca encontré un libro que hablaba de Lao Tsé, un filósofo taoísta. En él leí una frase que me dio las fuerzas y el coraje para enfrentar el nuevo desafío de una vida totalmente diferente a la que estaba viviendo.

Fue ahí cuando, sin pensarlo tomé mis maletas, recogí mi libro y dejé aquella ciudad que ya no me hacía feliz, que todos los recuerdos que en algún momento fueron hermosos juntos a Felipe, hoy me causan sólo tristezas y miedos.

Me di cuenta de que no hay que perder de vista algo: nada dura para siempre. Los finales y las pérdidas forman parte de la vida. Es en esos momentos cuando es posible corregir errores, ajustar acciones y elevar los objetivos. Comenzar otra vez siempre encierra la magia, y por qué no la emoción, de una nueva oportunidad. Toda realidad tiene sus ciclos. En el invierno termina

todo, sólo para volver a empezar en primavera. Esto es lo que está bellamente plasmado en una frase de Lao Tsé: “Lo que la oruga llama el fin, el resto le llama mariposa”.



Una pequeña mancha

Violeta Salazar

Me gusta recordar aquella mañana en el asiento del avión, abandonando un país amado, aunque roto, intentando ir a un lugar mejor, fuera de la injusticia inmoral hacia la libertad económica y social que me corroía por dentro, que me quemaba, era ácido y no me dejaba mirar hacia adelante; me tapaba los ojos y todo lo veía negro, el negro era el color del odio, del asco, del miedo. Me moría de miedo vivir en Venezuela; un país quebrado por la ausencia de dinero y la injusticia revela la falta de recursos para vivir y uno está con la sed de querer algo mejor. Y yo creí encontrar algo mejor, pero ahora me doy cuenta de que esos sórdidos recuerdos son lo único que queda de mi inocente espíritu, ahora quebrado por los deseos retorcidos de la sociedad. Este año decidí viajar a Argentina, país cercano en el que mi vida podrá tener más oportunidades, o al menos eso me prometían, en las tan visitadas y pútridas redes sociales, donde conocí a un hombre que me prometía el cielo y fui muy ciega para divisar la tormenta que se avecinaba.

Carol Lisbeth era mi perfil de Facebook, 19 años, piel morena, ojos color miel y pelo negro, rizado e indomable.

El 20 de junio recibí una solicitud de amistad: un hombre de 35 años, Víctor Gómez, de ojos de un azul intenso, piel blanca, mandíbulas bien moldeadas y pelo negro, con un sentido del humor pícaro y enigmático del que me enamoré. Luego de muchas charlas y videollamadas me encontré presa de sus encantos y proposiciones de ir a su país, vivir con él, que seamos dos almas unidas inconscientes del paso del tiempo. Acepté. Luego de un año de charlas lánguidas me decidí y le dije que viajaría a Argentina, él me mandó dinero para un pasaje de avión y me dijo

que esperaba en el aeropuerto. Al menos eso decía el mensaje que me mandó.

10/07/2018 07:30 hs

-Mi amor te prometo que lo pasaremos muy bien juntos, ya quiero verte, te espero con muchas ansias, este país es hermoso y quiero ser tu protector, quiero cuidarte de todos y entre mis brazos protegerte de todo mal mi reina, te esperaré.

Víctor, un ser dulce y tierno, con el que me encontré en el aeropuerto, estaba igual de guapo que siempre, no era un engaño, era un sueño.

Vivimos juntos por más de cinco meses; en ese tiempo yo me mantuve en contacto constante con mi familia y conseguí un trabajo limpiando la casa de una vecina. Mi madre me dijo que no importaba que empezara de abajo, iba a triunfar. Estaba orgullosa, estaba avanzando y viviendo como quería con un hombre maravilloso que me apoyaba y me amaba.

Los meses pasaban, los mismos se volvieron odiosos. Llegaba tarde y me exigía hacer muchas cosas que a mí no me gustaban, tanto en el aspecto doméstico como íntimo. Al principio amaba que lo recibiera con un “Pabellón” recién preparado (comida típica venezolana), pero con el tiempo me decía que mi comida era digna de una persona pobre y sin gustos, que me enarbole quitando todas esas comidas típicas y malas costumbres que, según él, llevaron a mi país a la ruina. Sus palabras eran filosas y golpeaban en mi cultura directamente, reflejándose en mí como suciedad.

Una noche, el cordero se quitó el disfraz.

A los siete meses de relación volvió a casa borracho y decía que debía terminar el trabajo, irrumpiendo en la casa con tres hombres más; uno de ellos me tomó de la mandíbula apretando para introducir una pastilla en mi boca, lo empujé hacia atrás inten-

tando zafarme, pero luego Víctor me tomó del brazo girándome hacia él e impactó su puño contra mi estómago mientras decía “tienes que cooperar, no quiero lastimarte”. Entonces, me abalancé hacia él con los brazos extendidos intentando golpearlo, pero justo en ese momento sentí un golpe fuerte en la parte trasera de mi cabeza y todo se apagó.

Desperté atada en la cama matrimonial de manos y pies con cuerdas finas que me dejaron vestigios al intentar zafarme, estaba desnuda con marcas en el cuerpo y un pequeño hilo de sangre seca en mi muslo derecho. Había sido violada. En ese momento comencé a pensar por qué me pasaba esto a mí, qué había hecho mal, no me merecía nada de eso. Mi cabeza daba vueltas, pero todo se detuvo cuando Víctor irrumpió en la habitación con una toalla mojada en la mano y quedé muda.

Él comenzó a limpiar mi sangre mientras me decía que me había comportado mal y no volvería a desatarme, le comencé a gritar y a moverme con euforia y él me apretó los muslos contra la cama y me dijo que era una estúpida, que me merecía lo que me había pasado por confiarme, que él no me amaba y que sólo me iba a prostituir hasta que perdiera la firmeza de mi cuerpo. Al terminar de hablar comenzó a apretar mis senos y separar mis piernas, así que intenté gritar y zafarme. Pero tomó la toalla húmeda y enrollándola metió la mitad en mi boca, ya no podía gritar, su cuerpo presionaba el mío y no podía moverme, comenzó a violarme y ahora el asco, la rabia y el sórdido dolor se apoderaron de mi cuerpo. Y mientras él me violaba empezó a hablarme.

-Cari, no seas así, tienes que ser feliz ¿no entendés? ¿No ves que esto me da placer? ¿No te da placer hacerle bien a alguien más? Si no es así sos una egoísta, yo sólo te estoy enseñando a no serlo, te creés que en ese país de mierda del que venís te iba a ir mejor, no es así, yo te voy a cuidar, te voy a alimentar y te voy a dar el

lujo de estar con gente que te desea, así que disfrútalo, deberías reír en vez de gritar y sonreír en vez de llorar, porque si no disfrutás esto es porque no te gusta verme feliz con tu cuerpo y eso es egoísmo.

No lo podía creer... *egoísta* me decía por no dejarme violar, por privarle a una persona que me lastimaba el acceso a mi cuerpo. Cuando terminó, extendió la mano hacia la mesita de noche y extrajo una jeringa que inyectó en mi cuello. Mi cuerpo se relajó y ya no sentía mis extremidades, pero el dolor seguía ahí, me desgarraba el interior e intentaba moverme para salir de ese nuevo infierno, en el que, según él, yo misma me metí por *egoísta*, pero... ¿Qué haría ahora? No podía hacer nada y no conocía mi destino, lo único que podía sentir era el dolor de mi sexo y las lágrimas que ahora corrían por mi cara.

Pasaron tres meses más en los que Víctor se aprovechó de mí, me mantuvo drogada, en un estado en el que entraba y salía de la inconsciencia y en ocasiones despertaba con un hombre que no conocía encima de mi cuerpo. Me había convertido en una prostituta. Y eso provocó que la rabia creciera dentro de mí en un calor intenso que se acumulaba dentro de mí y prometía mi pronta libertad. Pero nunca llegó. Mi cuerpo se fue debilitando, dejé de comer y tomar agua, los días pasaban y mi vientre crecía: estaba embarazada. Una noticia que para cualquiera significaba la llegada de una nueva vida, para mí significaba la llegada de mi muerte.

27-08-2018

Se ha hecho oficial la identificación de un cuerpo hallado en un descampado en pleno centro de Buenos Aires, se trata de Carol Lisbeth, desaparecida el 20 de abril de este mismo año, sus padres hicieron la denuncia al perder el contacto con su hija venezolana que actualmente residía en el país. El cuerpo de la

víctima fue hallado en avanzado estado de descomposición, se evalúa que la joven habría sufrido agresión sexual con acceso carnal. Según informan las autoridades el cuerpo también presentaba una herida en la cabeza producto de un golpe que causó la muerte de la misma. Nos informan que la víctima se encontraba en su tercer mes embarazo.

Según la familia, Carol Lisbeth de 21 años, habría viajado hasta Argentina y se encontraría con un joven que reside a pocas calles de donde fue encontrada, según ellos habrían perdido contacto con su hija desde el pasado 24 de abril cuando comenzaron una búsqueda, la policía había informado que no se encontraron rastros de la joven en el apartamento del acusado, que éste presentó una carta que ella había dejado una semana antes de irse y que luego de habérsela presentado a la familia de ella habría realizado la denuncia, por lo que éste quedó bajo sospecha.”

“[...] El agresor fue reconocido y se encuentra con arresto domiciliario bajo custodia policial mientras se espera el juicio, que se llevará a cabo en diez meses; se estima que podría recibir hasta 5 años de prisión.”

“[...] “Otro desgarrador caso en el que sólo se espera que la mano de la justicia haga su trabajo.”

Que la mano de la justicia haga su trabajo. Eso dicen en todos lados las personas que esperan justicia de un mundo desgarrado, mientras mi cuerpo frío y mi alma triste esperan que la justicia llegue, como si la vida o el descanso pudieran volver con ello. Pero sólo me convierto en una pequeña mancha junto a muchas otras que se quedan en el recorrido del tiempo marcando sucesos de violencia y traición, en las historias de personas engañadas que esperaban un abrazo de la vida y recibieron una

bofetada.

Hoy me convertí en historia, en un rostro sobre un papel que viaja en una marcha pidiendo justicia por mi muerte, me convierto en una razón de lucha de miles de mujeres y hombres que no quieren pasar por las mismas sendas desgraciadas.

Carol Lisbeth era mi nombre, tenía 21 años cuando me mataron y la noticia de haber sido encontrada muerta dio vuelta por todas partes hasta que fui olvidada. Dejé destruida a mi madre, que ahora se siente culpable por haberme dejado ir mientras recuerda que le aseguré mi regreso... “Mamá, voy a volver” fueron las palabras que dije antes de mi partida, ahora esa afirmación es una pregunta cuando vuelve a pasar por su cabeza, todos los días, en momentos cuando se sienta junto a la ventana a esperarme... porque se lo prometí.

Hasta que sólo esas palabras queden en el olvido.

Sin contarla a ella, las demás personas olvidarán mi sonrisa y mis ojos, olvidarán mi voz y la sensación de mis manos, se olvidarán de mí y pretenderán recordarme con una foto y una historia de cómo todo salió mal. De cómo una chica fue engañada por una persona de otro país que le prometió amor, trabajo y vida estable cuando en realidad le pagó con prostitución, maltrato y muerte.



Los que eligen

Juan Corsino

Me acuerdo de aquella universidad donde él solía trabajar, donde todos lo saludaban. Dispuesto a ayudar a quien lo necesitara. Todos los días, con lluvia, viento, calor o frío, siempre ahí, siempre dispuesto... era Secretario General de A.P.E.U.C. (Asociación de Profesores y Empleados de Universidad de Chile), y por aquel entonces ayudaba con lo que hiciera falta en la Universidad de Temuco.

Alfonso es su nombre, una persona que tuvo la desgracia de perder a su mujer quedando con cinco hijos, todos de corta edad; la más pequeña creo que tenía sólo tres años y el mayor algo de once, que por razones de trabajo quedaban al cuidado de algún vecino que les diera una mano. Era conocido y querido por todo el barrio Amanecer ya que él fue su presidente y fundador, muchos le decían que solo y al cuidado de cinco hijos no iba a poder, que los diera en adopción, algo común en aquel entonces, acto que de ninguna manera quiso realizar.

Un día, una de sus hijas le habló de una enfermera que trabajaba en la salita del barrio, le contó que era muy buena, que conocía por lo que ellos estaban pasando, que los quería, preocupándose de cuidarlos cuando él salía a trabajar. Por eso Alfonso tomó coraje y decidió ir a conocerla. Se presentaron y, viendo la situación que vivía, en ocho días decidieron casarse. Él por necesidad de encontrar una compañera y ella por amor a sus hijos. Actualmente llevan casi cincuenta años de estar juntos y de ese matrimonio nacieron dos hijas más.

Todo parecía encontrar su lugar, ya había llegado una hija más a la nueva familia. Para ser exactos, nació el 19 de junio de 1973; pero en ese mismo año se produjo el derrocamiento de Salvador

Allende, y él, como muchas otras personas, se vieron sumamente afectadas. Consecuencias que lo llevaron a terminar encarcelado por diferencias ideológicas y de pensamiento... Gracias a la universidad para la cual trabajaba le ofrecieron liberarlo, pero lo único que podían ofrecerle era que se fuera a Canadá con dos hijos y su esposa. Lógicamente se negó y decidió quedarse. Aun preso y sin posibilidades de salir recibió la ayuda de un cuñado carabinero que, luego, es asesinado por haberlo ayudado a escapar; Alfonso llegó como pudo hasta su casa casi irreconocible, desfigurado de los golpes recibidos, con miedo de que lo descubran y poner en peligro a toda su familia, por lo que tomó la decisión de emigrar exiliándose en la Argentina buscando un futuro para su familia. Aquí encontró trabajo, con el que pudo brindar dignidad y tranquilidad a todos.

En 1982, Alfonso ganó un juicio al estado chileno donde se lo reconoció como exiliado político (fue uno de los primeros exonerados políticos), y a su hija nacida la reconocieron como hija del exilio. Además, el mismo estado le ofrece trabajo, casa y reconocimiento de todo título que tengan si volvían a Chile.

Pero lo que el exilio enseñó es que *país es el que uno elige y no el de origen.*



Buscando otro lugar

Daniela Gutiérrez

Hoy mi mamá me levantó para tomar la chocolatada y llevarme donde María y su hijo Santi que tiene 7 años como yo; ellos viven al lado de nuestro departamento. Aunque esté cansada me gusta ir a jugar con Santi, porque tiene un montón de colores para pintar y somos muy buenos. A Santi le gusta dibujar autos y a mí me salen muy bien los edificios, me gusta mucho pintarlos de todos colores porque es más divertido que el gris de siempre.

Hay días en que me quedo en casa con mis hermanos, son mellizos y tienen 15 años. Mucho no me gusta que me cuiden, porque se pasan todo el día con la play y el celular y no juegan conmigo. Ellos dicen que soy una nenita mañosa y que sólo me gusta estar pintando todo el tiempo, yo no le doy bolilla porque papá me dice que soy su Picasso ¿Quién es Picasso? No sé, pero suena lindo.

Mientras pintaba mamá vino a buscarme, porque había llegado papá de su viaje. Al entrar a casa vi a papá y corrí a abrazarlo. Ahora que estamos todos juntos, papá nos empieza a contar cómo fue su viaje, él siempre cuenta algo distinto y a mí me encanta escucharlo.

Una vez que terminó de contarnos todo su viaje, lleno montañas, árboles y montón de cosas más, nos fuimos todos a dormir; ya se nos había hecho tarde y mis hermanos tenían que ir a la escuela y yo también.

Papá me despertó para ir a la escuela, mamá ya había hecho el desayuno, mis hermanos estaban sentados en la mesa y mi chocolatada ya estaba hecha. Me lavé la cara, me cepillé los dientes con mucha fiaca de ir al colegio... tenía ganas de quedarme en

la cama. Pero me gusta ir al colegio, mi maestra es muy buena y tengo muchos amigos con los que puedo jugar. Terminé mi desayuno y papá ya me tenía la mochila lista para tomar el autobús que nos dejaba en la puerta del colegio.

Al entrar al establecimiento, despedí a papá y fui donde estaban mis compañeros, los saludé y nuestra maestra nos hizo pasar al aula. Hicimos mucha tarea, casi ni pude hablar con mi amigo Tomás. El es muy charlatán y me hace reír mucho.

Llegó papá a buscarme al colegio, cuando llegamos a nuestro departamento se puso a cocinar milanesas con puré, lo que a mí más me gusta. Esperamos a mamá que se había ido a dar un taller de lectura, ella es muy buena contando cuentos. Mis hermanos llegaron junto con mamá y empezamos a almorzar.

Terminamos de comer, ayudamos todos a ordenar y cada uno fue a hacer sus cosas; yo me puse a jugar con mis muñecas en el comedor. Mientras mamá y papá charlaban en la cocina que queda al lado del comedor, veía que mamá estaba muy contenta, por un momento pensé que íbamos a tener una mascota, siempre quise tener una, pero no me dejan, dicen que el dueño del edificio se va a molestar. Entonces ¿por qué mamá está tan contenta? ¿será que papá le regaló un mueble para que ella pueda poner todos sus cuentos? Sospecho que no.

Nos llaman a mis hermanos y a mí para darnos una noticia. Mamá lo miró a papá como para que él nos cuente y cuando él nos está por contar, mamá lo interrumpe y nos dice:

-Nos vamos a vivir a Neuquén, a papá le ofrecieron un trabajo, vamos a poder estar todos juntos y tener a papá más tiempo en casa.

Yo no entendí muy bien a dónde nos íbamos a ir ¿Cómo vamos a hacer para llevar todos mis juguetes? En mi mochila no van a entrar. ¿Y mi colegio? ¿Mis amigos? ¿Me dejarán tener una

mascota? Mis hermanos están muy enojados, ellos quieren quedarse, no les importa si la casa va a ser más grande o si podían conocer amigos nuevos. La verdad es que yo tampoco quiero dejar de ver a Santi y menos a Marta. ¿No los voy a ver nunca más? Me puse un poco triste. Pero papá y mamá estaban requete felices y, con tal de que estemos todos juntos, no estoy tan triste. Mamá trató de convencer a mis hermanos, o eso intentó. Aunque la decisión ya estaba tomada, nos vamos a Neuquén o como se diga. A papá se le llenó la cara de felicidad, ya las cosas se estaban acomodando y nuestra familia ya estaba por encontrar su rumbo. Nos pusimos, de a poco, a empacar con mi mamá.

- *¿Ma, a dónde nos íbamos?*

- *A Neuquén, Juli*

- *¿Y eso dónde queda?*

- *Eso queda en el sur de Argentina. Cuando estemos ahí vas a ver que es hermoso, no es como acá en Buenos Aires que estamos todos a las corridas y nadie se saluda con nadie.*

- *¿Qué? ¿Vas por la calle y la gente te saluda sin conocerte?*

- *Sí, hija, la gente de allá es muy humilde.*

- *Pero mi maestra también es humilde y Marta, la vecina, siempre me cuida ¿Eso es ser humilde, o no?*

- *Sí, ellas también son buenas, pero... Vamos basta de preguntas y ayúdame a empacar*

- *Bueno ma, es que tengo muchas preguntas, ¿puedo tener una mascota?*

- *Basta, Juli, eso lo veremos después*

Así comenzamos una nueva historia...

Nunca imaginé que nos íbamos a ir a otro lugar, fue todo muy de pronto. Llegamos a Neuquén, se me hizo muy largo el viaje pero no me aburrí porque íbamos todos cantando y jugando al “veo veo”... Mis hermanos, a pesar de que renegaron al irnos, ju-

garon y nos hacían reír mucho. La casa es enorme y no es nada igual a la que teníamos. Pero sí extraño mucho a mis amigos... igual mamá dice que, como soy yo, voy a tener muchos amigos nuevos y que los voy a poder invitar a jugar a casa.

Mi primer día de clases en un colegio nuevo, que nervios.

-¿Ma, cómo serán los chicos? ¿Quién se sentará conmigo?

- Juli, no te preocupes. Vamos yendo que llegamos tarde

Al llegar al colegio me recibieron muy bien, algunos me miraban raro pero es normal, dice papá. ¡Después llegó mi cumpleaños! Fue muy especial todo, papá estaba en casa. Mamá me hizo una torta riquísima como a mí me gusta: de chocolate. Invité a mis nuevos amigos, nos divertimos mucho en nuestro patio. Lo mejor fue que me regalaron un perrito, pero lo mejor de lo mejor es que tengo a mi familia junta y puedo compartir muchos momentos con ellos. Cuando vivíamos allá, muy de vez en cuando podíamos compartir momentos.

Nunca es fácil dar el primer paso... pero la satisfacción que genera el triunfo es inexplicable y, más que nada, compartirlo con seres queridos.



Tormentas de abandono y desamor

Lizbeth Torres Sandoval

Se fue y no quiso mirar atrás.

Se marchó con el corazón roto en mil pedazos, apretando los puños y conteniendo el llanto, con ropa que traía puesta, lo poco que le quedaba en realidad, ni siquiera recordaba cuánto dinero llevaba en sus bolsillos, no le importaba, sólo quería desaparecer.

Las personas veían como si una peste se hubiera asentado en la calle, no una niña de diecisiete años que caminaba con todo el cuerpo maltratado y sin rumbo aparente. Eso también la lastimaba. Con lágrimas en los ojos Natalia reconstruye lo vivido ese trágico día, y su mirada se pierde entre confusos recuerdos que se vuelven borrosos mientras las lágrimas bañan su rostro. Ella era una adolescente cariñosa, con sueños y esperanzas, le gustaba estudiar, correr y jugar. Era un poco tímida en algunos aspectos, le costaba hablar con la gente, pero cuando entregaba su confianza lo hacía completamente, sobre todo con su familia, como se supone que debe ser.

Había cumplido apenas quince años cuando su mamá se volvió a casar. El hombre al principio le pareció una buena persona, tranquilo, alegre y devoto de su madre... nunca imaginó que aquella maldita noche, cuando su mamá debía cumplir un turno en la guardia del hospital donde trabajaba, él entraría a su habitación y abusaría sexualmente de ella.

Traté de pelear, quería gritar con todas mis fuerzas, pedir ayuda... pero él era más fuerte y, cuanto más me resistía, mayor empeño ponía... sus golpes aterrizaban en mí con más vigor... conforme mis fuerzas se desgastaban, conforme el tiempo avan-

zaba y mi conciencia se perdía en la oscuridad, lo comprendí, no podía hacer nada para evitarlo. Reuní fuerzas varias semanas después y se lo conté a una amiga, que me dijo que debía denunciarlo; incluso me acompañó, pero esto sólo empeoró las cosas: había pasado el tiempo suficiente para que las huellas de aquel hecho se desvanecieran. No me creyeron y llamaron a mis padres. Mamá llegó hecha una furia y, lejos de escucharme a mí o a cualquiera, me sacó a tirones del Ministerio Público. Lo peor empezó cuando llegamos a casa: ¡mi mamá sólo me gritó y acusó alegando que toda la culpa era mía! Mientras tanto, él estaba allí y vi su sonrisa burlona cuando ella comenzó a golpearme, gritando el gran error que era en su vida. Eso me dolió, ¿por qué no se daba cuenta de que yo no quise esto? Yo necesitaba su protección

Tantos gritos y desprecios llenaron de oscuridad aquello que Natalia había llamado “hogar” alguna vez, ya ni la comida tenía sabor, las noches se volvieron pesadillas y los días una eternidad, la luz de la esperanza se apagaba en el interior de aquella niña que veía sus sueños como viejos recuerdos y la vida como una letanía llena de dolor.

Hace unas semanas ella creyó que todo podía cambiar: un chico nuevo había llegado a su salón y entre largas conversaciones en los recreos logró vislumbrar un poco de lo que antes había sido su esencia. Él logro mostrarle lo que la libertad de decisiones podía lograr... pero... ojalá nunca los hubieran encontrado, ojalá este día nunca hubiese llegado. Él apareció. Hace varios días venía notando nuevamente su mirada fija, cómo seguía sus pasos, incluso había intentado forzar la cerradura de su habitación. Llegó sin más a su lado, con una fuerza descomunal le propinó un golpe al muchacho y la arrastró al auto, omitiendo sus súplicas y gritos.

Una mirada fiera cruzó su rostro, me paralicé mientras lo veía caminar en círculos por la sala y a continuación dirigirse a mí, me tomó con fuerza por los brazos causándome dolor; apenas alcancé a emitir un quejido, el miedo me tenía entumecida, no paraba de repetir que yo le pertenecía, que nadie más me tendría, estaba completamente loco. Después de varios minutos de repetir esto, hizo una pausa sujetándose y mirando el suelo; luego levantó la mirada y lo que vi en ella heló mi sangre... pero también activó algo en mi interior, la necesidad de defenderme, pues él lo haría de nuevo, quería impregnar su "posesión" sobre mí. Sólo que ya no lo iba a permitir: no más. Esta vez luché evocando todas mis fuerzas y, cuando creí que ya no podría más, logré alcanzar un objeto para derribarlo, sentí el líquido rojo manchar mi vestimenta rota, mis manos temblaban cuando logré salir de debajo de su cuerpo inerte, aún estaba vivo, su respiración lo delataba ¿y ahora qué haría? La puerta se abrió de golpe y mi madre ingresó, rompiendo el pulcro silencio que permanecía en la estancia; se paralizó con la escena. Perdida en mis pensamientos y llena de ilusión corrí hacia ella, acaso con la esperanza de recibir consuelo... mas lo único que me dio fue un empujón, una cachetada y la mirada más cruel que una madre puede darle a su hija. Nuevamente me culpaba.

Vociferó la orden para que llamara una ambulancia mientras caía de rodillas al lado del hombre que había arruinado mi vida, que más daño me había hecho... Ver cómo lo acariciaba, cómo las lágrimas recorrían su rostro, y... cómo las palabras de amor y consuelo brotaban de su boca para él... me mató. Me destruyó por completo. Si alguna vez pensé que en ese lugar algo podía cambiar, ahora sabía que era una completa equivocación, nada me quedaba.

Tenía que irme, debía hacerlo. Con una última mirada a mi

madre salió lo más rápido posible y, sin mirar atrás, comencé a correr por la calle

Perdida en sus pensamientos logró llegar a la terminal, donde una señora mayor se apiadó de ella y le regaló un poco de ropa que la abrigara de la fría noche. Sin esperar respuestas le contó su vida, cómo había cambiado tanto desde que había regresado del “otro lado”; eso llamó su atención y, evocando a su suerte, le pidió ayuda a esta mujer. Conmovida por la mirada de esperanza en la joven, accedió. Ella le explicó cómo debía llevar a cabo todo, y además de contactos le brindó un poco más de dinero. Natalia compró un boleto hasta la frontera donde encontraría al primo de Isabel, la mujer de la terminal. Este señor le proporcionaría un documento falso donde se acreditaba su mayoría de edad, porque faltaban un par de meses para eso. Aquella noche apenas logró conciliar el sueño, pero cuando sus fuerzas cedieron se durmió; soñó con un rostro que creía perdido en su vida, el rostro de su padre. Éste la abrazaba y protegía. Despertó cuando el colectivo arribó a la terminal.

Implorando a Dios, ella hizo la fila en la frontera, con temor de todos y todo, pero, decidida a cruzar, no se dejó amedrentar por todo lo que vio: niños en brazos de sus padres que intentaban salvaguardarlos del frío cruel (la espera se hacía eterna), personas que eran llevadas a un costado donde les lanzaban sus maletas sin importar el contenido ni si les causaban daño pues los guardias no miraban dos veces. Había rostros de todo tipo, caras de personas con sueños y esperanzas, personas que dejaban todo allí, que querían empezar de nuevo, algunas quizás para regresar y tener una vida mejor; otras, como ella misma, que deseaban encontrar esa nueva vida detrás de esa caseta que separaba un país del otro, para no regresar jamás.

Con el corazón latiendo a mil por hora miró cómo el guardia registraba el pequeño bolso que traía; después de una mirada

suspicaz que le puso la piel de gallina, le cedió el paso. Ella aun no lo creía, hasta que cruzó la línea amarilla que era un límite abstracto de las fronteras; ahí lo supo, lo sintió. Así como cuando se escucha a las aves cantar anunciando el final de la tormenta, así como cuando la promesa de Dios se vislumbra en los colores del arcoíris, así... Natalia supo que una nueva vida comenzaba para ella.

Sé que las cosas no serán fáciles, me llena de temor volver a encontrar rechazo, maltrato y desprotección, pero mirando hacia atrás, volviendo sobre mis pasos... sé que nada puede ser peor, la oscuridad llenó mi vida hace muchos años y estoy lista para salir y dejarlo todo atrás, comenzar de nuevo y abrir un camino que me dirija hacia un lugar mejor... deseo con todas mis fuerzas pertenecer a un hogar, ser parte de éste y poder crecer como persona. El futuro hoy se abre frente a mis ojos y quiero avanzar con firmeza hacia él

Ahora Natalia vive con una hermana de Isabel, quien la trató con mucho amor y curó sus heridas, quien se ganó su confianza y respeto; ella le ayudó a comenzar de nuevo, decidida a volver a estudiar y encontrar un trabajo digno en esa tierra bendita. Cada día en ese país es una oportunidad nueva, un nuevo comienzo y aprendizaje; nada es fácil, pero ella lucha con todas sus fuerzas para superar cada obstáculo, no deja que las situaciones que implican el ser extranjera la llenen de miedo. Con el tiempo aprendió a omitir las palabras que puedan dañarla y llegó a ignorar las puertas que se cierran y agradece las que se abren. Cuando Natalia habla, se puede notar claramente el deseo de su alma de recuperarse a sí misma, de apropiarse de su cuerpo y de su vida, de reencontrarse, de juntar aquellos pedazos rotos y crear una nueva persona que, lejos de actuar con maldad, le sigue dando una oportunidad a la vida para reparar todos sus

sueños e ilusiones que creía perdidos.

Aún cuando sabe que las cosas no serán para nada sencillas, ella desea con todo su corazón encontrar la manera de salir adelante, de olvidar lo vivido y superar todas las tormentas que se puedan aproximar.



El salteño

Luna Buena

Cada mañana mi despertador suena a las 6:40. Respiro profundo con desgano y digo en mi mente “otro agobiante día de trabajo”. Me vine a General Roca con la idea de mejorar el futuro de mi familia. Yo nací en General Güemes, Salta. Allí, el trabajo es algo que falta mucho. Trabajé en muchísimos lugares temporalmente, como en la cosecha del tomate, además de ser desgastante, tenía que esperar nueve meses más para volver a trabajar. En cambio, acá en Roca es muy diferente, la vida que se lleva es de otra calidad. Se puede trabajar en la cosecha todo el año. Llegué acá por un tío, hermano de mi mamá. Yo vivía con ella y con mis dos hermanitos en una casita de adobe, no teníamos mucho. Mi mamá se las arreglaba vendiendo pan; era una de las mejores del lugar amasando.

Un día llegué del reparto de los panes y ella estaba tomando mates con él, que había vivido casi toda su vida en el sur, acá en el Valle. Se ve que a mi mamá le había pedido una mano para poder subsistir, así que él fue el que se ofreció a traerme y ayudarme a buscar un lugar donde trabajar en la cosecha, que era en lo que más experiencia tenía, así poder mandarle plata y ayudar a mi familia.

Trabajo en una chacra al lado de la Ruta Nacional 22, muy cerca de la ciudad. Comienzo el día a las 7 de la mañana y hasta las 12 del mediodía no paro. Después del almuerzo descanso un poco y vuelvo a remontar y comienzo a recorrer los cuadros de duraznos, peras y manzanas, y sigo mi tarea hasta las 19. Lo bueno es que los sábados trabajo sólo de mediodía y el domingo lo tengo libre.

El clima es mucho más frío que en el norte, pero igual el calor

es algo que sufro mucho. Este trabajo es muy desgastante, pero peor es nada.

Cuando terminaba la temporada volvía a casa a ver a mi mamá; tres años estuve así, hasta que conocí a María Paz, una morocha hermosa que me encanta. También la conocí gracias a mi tío, me dio mucho él y le estoy muy agradecido.

Éste es el primer año que vamos a cumplir viviendo en Roca con mi mujer, estamos esperando un bebé juntos. Estamos muy felices. Todo el esfuerzo que hice para venirme valió la pena, allá no iba a conseguir mucho. Fue lo mejor que hice, no haber dudado en venirme a trabajar la fruta del valle.



La trágica historia de Wilson

Milagro Ocampo

Hasta hace unos años todo estaba bien, pero las cosas cambiaron desde que en España se puso horrible la situación para vivir. El Sr. Wilson, preocupado por salvar a su familia, llamó a su amigo Ariel (quien era un empresario en Canadá); éste le pagó los boletos de avión. Ellos vivían alejados de la ciudad por lo que inmediatamente se fueron al aeropuerto. Pensaron que todo iba a estar bien, pero sólo era cuestión de tiempo para que su preocupación aumentara y las cosas se complicaran aún más de lo que ya estaban. El terremoto estaba arrasando con todo: instantes después dieron el alerta roja por el inminente acontecimiento del tsunami.

Fue traumático ver a todos correr sin ninguna dirección, los edificios que caían, las personas que morían... El Sr. Wilson estaba nervioso ante los gritos y llantos de todos, aceleró su auto, tuvo que tomar atajos porque las calles estaban destrozadas. No se detuvo ni un segundo, estaba decidido a llegar. Sin darse cuenta, faltaba sólo una cuadra y aceleró más hasta que llegaron. Se bajaron corriendo a buscar el boleto. Mientras se los entregaban escuchó que el avión ya estaba por despegar. Fueron gritando que esperaran, los guardias los vieron y los dejaron subir. Acomodados en el avión, se dispusieron a descansar.

Wilson, abrazado a su esposa Alicia y a sus hijos, decía que ahora todo iba a estar bien. Los dos niños se durmieron; ellos seguían hablando de lo sucedido. Alicia lloraba: jamás pensó que se iría de ese lugar. Él trató de contenerla y hacerle entender que si no se tranquilizaba asustaría a Demi y Jonathan. De ese modo logró calmarla. El viaje parecía interminable pero no importaba; al menos estando allí, en el avión, estaban seguros. Sin

embargo, las cosas malas aun no terminaban: el capitán comenzó a hablar por los parlantes para decir que no se desearan, que se quedaran en sus asientos, que iban a tratar de manejar la situación. Al mirar por la ventanilla, Wilson vio humo que salía del motor del ala derecha. Los cuatro se abrazaron, pensando que tal vez ese sería su fin y se dijeron lo mucho que se amaban. Se mantuvieron así. El avión fue en caída. No podían hacer nada. Todos los pasajeros gritaban desesperados, excepto la familia de Wilson que sólo había cerrado los ojos en espera de que el avión se estrellara.

Luego del impacto, ya no se escuchaban gritos ni nada. Había un silencio total.

Era de noche cuando los rescatistas aparecieron. Se acercaban a las personas en busca de algún sobreviviente, pero en su mayoría estaban muertos. Uno de ellos escuchó un quejido muy bajito; se empezó a acercar y descubrió a dos niños: esos pequeños se salvaron. Un poco más allá de donde los hallaron se encontraba el padre, inconsciente; buscaron una camilla y rápidamente se lo llevaron. Algunos cuerpos no fueron encontrados. Uno de ellos fue el de Alicia.

Después de que el Sr. Wilson se recuperó, se dirigió a la casa de su amigo con sus dos hijos. Se la pasaba triste y encerrado, lo único que le daba fuerza eran ellos. Un día, el pequeño Demi, de ocho años, le dijo que sentía que su mamá estaba viva. Wilson no le creía, pero gracias a eso decidió ir a buscarla, al menos para convencerse de que realmente estaba muerta. Su amigo Ariel lo apoyó.

Cuando llegaron al lugar se separaron. Ariel se fue por un lado y Wilson con sus hijos por el otro. Demi corría, al parecer conocía el lugar, el padre y su hermano lo seguían. Llegaron a una cabaña. El chico se paró a mirar. Apuntando a la única casa, dijo:

—mamá está ahí adentro.

Tocaron la puerta, les abrió una mujer y les preguntó qué necesitaban. El Sr. Wilson, mostrándole la foto de Alicia, le respondió con otra pregunta ¿no la ha visto por aquí? Creyó que le diría que no. Estaba a punto de irse, cuando de repente le dijo que sí, que esa mujer se encontraba allí. No supo qué hacer. Se quedó asombrado. Su hijo tenía razón. La señora llamó a Alicia con un nombre diferente. Sin esperar que le hicieran otra pregunta, les explicó que cuando la encontraron no se acordaba de nada. Había perdido la memoria.

—La encontramos tirada, les dijo la señora.

Luego de un rato, salió la mujer y preguntó quiénes eran esas personas. No los conocía. Jonathan, con lágrimas en los ojos, le dijo ¡Mamá, estás viva! Apenas en un susurro Demi dijo que ya lo sabía, que la había visto en sueños. De alguna forma, más allá de su amnesia, ella le había mostrado el camino.

Alicia se disculpó y dijo que no los conocía. Su esposo le mostró la foto que llevaba en la billetera. —Nos la tomaron cuando nos casamos, le dijo, ellos son nuestros hijos. Intentaba hacerle recordar, pero ella repetía una y otra vez que no los conocía, ni siquiera sabía quién era ella. Les pidió que no la atormentaran más, que se fueran y la dejaran sola. Cerró la puerta bruscamente. Se fueron destrozados. El Sr. Wilson susurró: *hubiera sido mejor morir que separarme de ti*. Una lágrima rodó por su mejilla.



Una tarde de Abril

Florencia Ortega

Una tarde de abril de 2015 fue la última vez que vi a mi bisabuela. Estaba de vacaciones y pasé a verla, a sabiendas de que ella se perdía a causa de su demencia senil.

Tenía la expectativa de que me reconociera, porque sabía que la *mama* (así la llamábamos) vivía en su delirio. Llegué a su casa y vi que la “bisa” estaba cerrando su última ventana. Me atreví a pasar y ella me reconoció enseguida.

Empecé a tener una conversación con la *mama*, le preparé unos mates. Seguí hablando con ella y en un momento le pregunté sobre mi tatarabuelo. Ella, a pesar de su demencia, me contó la historia. También recordé que cuando tenía trece años y estaba de vacaciones en la casa de mis abuelos, encontré una cajita y en su interior había una foto vieja. Me acerqué a mi abuela y le pregunté; ella me contó que era mi tatarabuelo quien estaba en esa foto. En un arrebato, sin saber por qué, me apoderé de la foto a escondidas de mi abuela.

Esa tarde, mi bisa me empezó contar de dónde era mi tata y cómo llegó a Argentina. Ella dijo que él venía de los Estados Unidos y que se vino escapando de un crimen que había cometido; lo buscaban en su país. Él, en su desesperación, había decidido irse en un barco a escondidas de la ley dado que lo buscaban para matarlo. En su desesperación, sin saber hacia dónde iba, terminó en Buenos Aires.

Llegó y vio a muchos ingleses; era tanto su miedo de que lo descubrieran que, apenas bajó, buscó una casita a orillas del riachuelo y se escondió ahí. Conoció a unas personas y se hizo amigo, a pesar de la diferencia idiomática. Pasó un mes en Buenos Aires, ya hablando un poco el español, hasta que en un momento

les dijo a sus amigos que quería ir a otro lado. Es así como llegó a San Carlos de Bariloche.

Pasó un tiempo allí. Ya estable, empezó a mejorar su español. Sus amigos le empezaron a preguntar con qué fin se había venido para la Argentina. Él, en su temor de que lo descubrieran, les dijo que se vino por trabajo.

El tata se estableció en unas tierras al frente del lago Nahuel Huapi. Ahí es donde conoció a la tatarabuela, se enamoró y, al pasar los años, formaron una familia. Era muy reservado con sus cosas, no hablaba mucho y cada vez que veía al periodista del pueblo se escondía. Cuando se tocaba el tema de algún asesinato, él se quedaba callado. Esa forma de actuar le causaba mucha intriga a su familia.

Un día la tatarabuela, a solas, le preguntó, ¿por qué cuando se habla de un crimen o ve al periodista se esconde? Él le contó la verdad de cómo fue que se vino para acá. Mi bisabuela me dijo que cuando cumplió los dieciséis años, su mamá le contó cómo el tata llegó. Ella me reveló que a la familia le daba vergüenza contar la verdadera historia y que prefirieron inventar otra cosa. Agarré la foto de mi tata y se la di a mi mamá. Le di un beso en la frente y me fui.



Ese Valiente Hombre

Verónica Jara

Esta historia comienza en una provincia o, mejor dicho, en la región metropolitana del país de Chile: Temuco. Una pareja joven, Marcos y Julia, muy inocentes los dos, con una crianza precaria en el campo, inician una familia. Se enfrentaron con mucha ignorancia y pobreza, sin tener idea ni siquiera de lo que es ir a una escuela, tener una familia, donde se acostumbra a tener una cena, un almuerzo, un paseo, criados por la ayuda de Dios o por la suerte de la vida o simplemente porque el destino era ése... vivir.

Sus propios padres, cada uno con su propia vida, tuvieron esa misma, o casi seguro, una peor vida. Inician la familia en 1947 con su primer hijo al que llamaron José y una hija llamada Rosario, los padres de estos niños solo dieron lo que aprendieron, lo mismo que le dieron a ellos.

Se enfrentaron a la ciudad donde vivieron maltrato, hambre, frío y descuidos. Me concentraré en describir la vida de José, aunque la vida de su hermana fue bastante parecida. En su corta niñez, tuvieron que sufrir el comer sobras que otros tiraban hasta el punto de pedir limosnas, bailar cuecas (su baile tradicional) para agrandar a alguien y que ese día pudieran comer. Fueron inscriptos en una escuela: José, cuando apenas tenía siete años, por caerse de un juego terminó internado casi tres meses en el hospital, abandonado por sus padres, sin verlo ni una vez en esa cama. Solo, sin que nadie lo visite, a la noche se levantaba a sacar la fruta que habían dejado a los niños que sí tuvieron visitas. La vida se le dio muy sufrida en su corta niñez. ¡¡¡Pero eso tenía que cambiar!!! A la edad de once sus padres decidieron enviarlo como “migrante”. Él no sabía lo que eso significaba; sólo supo

que se iba a otro lugar, a otro país. Los padres de José lo envían supuestamente a un tío, sin medir ningún tipo de consecuencias, no sé... tal vez, deseando que tenga una vida mejor o para sacárselo de encima. Emprendieron el viaje indocumentados. Cruzan el paso fronterizo a pie para no pasar por los controles, por esas montañas interminables. El solo hecho de imaginar esa aventura, siendo apenas un niño que lo único que aspiraba era tener su casa, sus padres, su habitación, sus comidas, su ropa, cosas tan básicas que parecen tan fáciles de tener, pero él nunca las tuvo. Ni siquiera un barrilete para remontar porque sólo era un niño. El viaje duró varios días hasta que pudieron ver algo de civilización, ver gente. Su destino final fue la ciudad de General Roca. Todo era nuevo para él, las costumbres, el clima, el entorno donde había llegado. Pero en comparación de la vida que llevaba en su país, era todo mucho mejor. El primer tiempo solo tuvo para alimentarse, tomates y manzana, porque sus primeros trabajos fueron rurales, en chacras.

José emprendió camino y comenzó su vida en Argentina, un nuevo país. Apenas siendo un niño tuvo que enfrentar las responsabilidades de un adulto. Crecer a la fuerza, junto con el trabajo. Llegaron los vicios, no sé... tal vez para refugiarse de tanta soledad, tantas idas y vueltas a la edad de dieciséis años se fué a la ciudad de Cutral Có; y allí es donde comienza la verdadera odisea: se enamoró. Aurelia era su amor. Los padres de esa época vieron su mutuo interés y sin dar muchas vueltas los casaron; José con dieciocho años y Aurelia con quince, iniciaron una familia sin tener idea de cómo hacerlo. Empezaron a llegar los bebés... uno cada año.

José trabajaba mucho y luchaba contra el vicio del alcohol, incluso hasta hubo violencia familiar... puro trabajar, criar niños, vivir en una situación donde el dinero no alcanzaba.

En total tuvieron seis niños, cinco varones y una nena, hasta que un doctor se compadeció de esa pobre mujer y decidió ope-

rarla para que no tuviera más hijos.

Fueron años de mucha pena, necesidades, de aguantar que José llegara borracho, de ver la violencia que tenían entre ellos, los que una vez estuvieron tan enamorados.

No sé... creo que ha sido porque se iniciaron en una familia donde no pudieron tener ejemplos a seguir, porque sólo dieron lo que ellos recibieron. ¿Cómo esperar que tuviera claro lo que era una familia, un papá amoroso que jugara con sus hijos, que les dedicara tiempo, si a él mismo no le dieron nada de eso? Los niños crecieron, las épocas malas de violencia y vicios, pasaron. En una oportunidad José logró volver a su país natal, Chile, se encontró con una cruel realidad, sus padres habían fallecido, no hubo forma de que se enterara, no es como ahora, no había teléfono, él nunca aprendió a escribir una carta. Sólo encontró a su única hermana, ya también con su familia... fue triste porque a pesar de la ausencia de amor que tuvo de sus padres... eran sus padres, los que le dieron la vida.

José tiene malos recuerdos de su país, hasta odio siente, sólo vivió lo malo que puede vivir un niño, hoy sólo va de paseo por un par de días y vuelve al país que le dio la oportunidad de tener experiencias de todo tipo: malas, buenas y muy buenas.

Hoy, después de superar muchas dificultades, ya es un hombre de 70 años, tiene seis hijos, diecinueve nietos, cuatro bisnietos y una mujer que sigue acompañándolo ya por cincuenta años. Con mucho orgullo, y después de contar esta historia puedo decir... ese valiente hombre... es mi Padre.



Almas de Estrellas

Lorenzo Ditto Paulello

Las estrellas son como faros que iluminan el oscuro espacio. Nos guían a donde queremos ir y nos muestran una espectacular vista. Hay una inexplicable relación entre las estrellas y las personas. Yo fui una que cayó en la tierra.

Aunque no, no me estrellé en la Tierra ni nada destructivo. Simplemente aparecí acá en un abrir de ojos. Mi nombre es Dube, vengo de una estrella que queda cerca, muy cerca de la Estrella Polar.

Al caer en la tierra no supe qué hacer, no sabía dónde estaba, no sabía siquiera quién era yo.

El entorno se veía sucio y lleno de gente extraña. Sin darme cuenta una persona se me acercó por atrás y me preguntó -¿Tienes dinero? ¿Nos regalas tu ropa? Por alguna razón eso me generó un gran temor y me fui corriendo.

Mi mente empezó a captar información, a aprender el idioma, a contemplar lo nunca antes visto. Me iba nutriendo más y más hasta que me empezó a doler la cabeza y dejé de correr. Pequeños fragmentos de recuerdos venían a mi mente, me decían una y otra vez “El sol” y “Búscalos”.

El gran dolor de recordar fragmentos me hizo desmayar. Una chica me encontró. Me desperté en una habitación llena de animales raros y de objetos que se quedaban quietos en un sitio, se llamaban “peluches” si no recuerdo mal. Ella estaba frente a mí poniéndome paños húmedos en la frente.

-Eh, oye, no mires demasiado, sé que me encantan los gatos pero me pone nerviosa si alguien mira de forma más detallada mi habitación- me dijo Flor, la joven que me encontró

-Lo sien-to- respondí

Ella notó que me costaba hablar. Me preguntó de dónde venía o cómo había llegado a este lugar, pero no supe cómo responderle. Luego de un momento de silencio ella me dijo

-Al menos dime tu nombre

Al decirle que me llamaba Dube ella relacionó mi nombre con una estrella. Mi dolor de cabeza comenzó a volver. Comencé a recordar aún más, el dolor oscurecía las palabras pero llegaba a entender partes del recuerdo.

-Ve a la tierra, busca al Sol que cayó en su superficie. Está frustrada y sola, ve a buscarla- me indicó la Estrella Polar

Fue lo primero que recordé con claridad sobre lo que viví antes de aparecer en este planeta. La Estrella Polar me hizo aparecer en esta zona donde se sabe que está Sol, tengo que buscarlo y hablar con él.

Inmediatamente me levanté de mi cama para ir a buscarlo. Flor me pidió que no me fuera, a lo que yo respondí –gracias, pero estaré bien. Al salir en busca de Sol, no me di cuenta que me siguió Flor.

Comencé a buscar en zonas costeras donde hubiese arena. La noche era increíble en este planeta, porque si bien había partes oscuras, a la lejanía se veían como estrellas en la superficie.

Flor de repente me gritó desde atrás -¿Ey a dónde vas? No entendía por qué ella me había seguido hasta acá. Le pedí que me ayudara a dibujar en la arena un gráfico del sistema solar. Al quedar dibujado en la arena me arrodillé, puse mi mano en el suelo y pronuncié lo siguiente:

Merak, Osa Mayor, Phekda, Mergez, Alioth, Mizar, Alcor, Benetnasch: compañeras de la constelación, los vestigios de un pasado que enseñan el presente y nos guían al futuro, ayúdenme a encontrar a Sol

La arena comenzó a iluminarse, Flor creía que yo bromeaba pero al aparecer tal anomalía más que impresionarle la asustó. Una y otra vez repetía

-¡esto no es posible!

La arena me mostraba con una luz la actividad espiritual radioactiva del cuerpo del Sol. Flor se acercó preguntando:

-¿Qué es esa luz?

-Es la energía espiritual radioactiva que emanan las estrellas al encarnar en un planeta habitable. Las estrellas descienden en los planetas para descargar su energía sobrante mediante ubicaciones astrológicas. El Sol cayó accidentalmente en la tierra ya que no sigue tales reglas.

-¿Y esos brillos opacos?- preguntó la joven.

-Cada ser humano, incluyéndote, tiene una conexión espiritual con una estrella. Esto es desde el origen de los tiempos.- expliqué

Luego de esa plática nos levantamos y fuimos a buscar nuestro objetivo, que se encontraba a 300 kilómetros de nosotros. No le quería decir lo que en verdad sucedería si Sol no regresaba a su estrella. Si no lográbamos convencer a Sol, su tiempo límite se excedía, su estrella natal perdería la energía espiritual que nacía del cuerpo que podía llamarse “el núcleo astral”. La estrella entonces comenzará a buscar energía y empezará a irradiar más calor y soltar grandes llamaradas solares en busca de una nueva transmisión de energía.

La tierra sufriría temperaturas catastróficas si no deteníamos esto.

La noche terminó más rápido de lo que imaginábamos, yo no sentía necesidad de dormir o de comer, pero Flor necesitaba descansar. Yo, mientras tanto, descargaba energía de mi estrella para que no sufriera un colapso.

El comienzo de un nuevo día se acercaba, las voces de los astros de mi constelación me guiaban y mencionaban el poco tiempo que me quedaba. Yo aún no debía venir a la tierra porque todavía no podía descargar mi energía, era un riesgo que estuviera acá ya que si me quedaba sin energía limpia, mi cuerpo moriría y mi estrella se apagaría para siempre.

Llegando a media mañana seguimos nuestro viaje con Flor en busca de Sol. Ella me contaba su historia, cómo tuvo una infancia complicada, y cómo pudo salir adelante sin ayuda de nadie. Flor aún no creía que yo fuera una estrella, pero no me quedaba tiempo para explicarle. Podía darle demostraciones, pero estábamos sobre un artefacto al que llaman auto y, si se desmayaba, correríamos peligro.

En la radio del auto se escuchaba una noticia, la que nos dejó en clara desventaja de tiempo:

¡Noticias de la mañana! Un grupo de investigadores de la NASA ha detectado una anomalía en el Sol. El mismo está presentando patrones extraños, su temperatura superficial está aumentando, y sus propiedades físicas y químicas se notan en un gran cambio. Se sigue investigando el asunto de la temperatura superficial exhaustivamente, no se sabe cómo repercutirá en nuestro planeta pero se estima que la temperatura de la Tierra aumentará un 15%. Les seguiremos informando más aquí en radio...

Apagamos inmediatamente la radio y aceleramos el paso para

llegar lo antes posible. Sol estaba en una fábrica abandonada. Al entrar notamos que emanaba energía hidrogenada, el alimento de su estrella, por así decirlo.

-¡Sol, vuelve a tu estrella, la vida de este planeta depende de que tú vuelvas!- le insistí.

- Me siento triste y solo. Necesito descargarme, necesito renovarme- me explicó Sol.

-La tristeza y soledad sólo se da cuando tu corazón está lleno de incoherencia. La soledad no existe, ni siquiera entre nosotros, las estrellas. Antes de pensar estar con otras personas, piensa en estar contigo mismo

Mis palabras le llegaron al alma: comenzó a llorar cuando de repente unos agentes de Operaciones Especiales entraron en la fábrica. Ellos observaron en la cámara satelital que se detectaba un tipo de calor extraño en nuestros cuerpos, lo que se conocía como energía radioactiva. Comenzaron a posicionarse para acorralarnos pero intentamos huir, sin embargo ellos decidieron abrir fuego. A Sol le dieron en la pierna, eso ayudó a que su energía se inestabilice más. Yo iba protegiendo a Flor; corrimos hacia un costado abandonando la fábrica. Hicimos un largo trayecto hasta que nos encontramos de frente con policías apuntando con sus armas. El dedo en sus gatillos, el aliento frío saliendo de sus cuerpos, con los ojos en su objetivo, estaban preparados para disparar.

No quería que esto terminara, no quería que mi estrella natal se apagara. Las balas salían de sus armas muy lentamente ante mis ojos, comencé a frustrarme y mi nivel de hidrógeno comenzaba a aumentar. Por alguna razón concentré mi energía en un solo punto, en mi mano, y la extendí con la esperanza de poder detener aquellas balas. Mi miedo aumentaba, las balas estaban a menos de un metro de mi cuerpo y comencé a imaginar que no

llegarían a mí.

Mi mano comenzó a desprender rayos radioactivos que derritieron las balas en un simple instante.

Inmediatamente grité “¡corre!” y los policías quedaron helados al igual que Flor.

La temperatura en la Tierra comenzó a aumentar drásticamente, auroras boreales se veían por todo el mundo por el magnetismo que emitía el Sol. El final se acercaba, mi cuerpo se debilitaba, usé mucha energía y mi tiempo se redujo. El viento soplaba fuertemente, Flor comenzaba a creer más en mí al ver que todo alrededor se estaba desmoronando.

Ella se preocupaba mucho por mí al ver que estaba cada vez más débil. Las opciones se agotaban, sólo podía invocar una vez más el llamado de las estrellas para ubicar a Sol y sería la última chance de salvar a Sol, la Tierra y a mí mismo.

El tiempo pasaba muy rápido, el planeta cada vez sufría más cambios, toda la superficie y las personas. Pasaron dieciocho horas... decidí dar la última jugada.

Merak, Osa Mayor, Phekda, Mergesz, Alioth, Mizar, Alcor, Benetnasch: compañeras de la constelación, los vestigios de un pasado que enseñan el presente y nos guían al futuro, ayúdenme a encontrar a Sol

Al iluminarse la arena comencé a sentirme débil pero encontré el objetivo: estaba a cuatro kilómetros de nosotros.

Me quedaban diecisiete horas de energía espiritual aproximadamente, me sentía cada vez más débil. Mi constelación me llamaba y por estar preocupados sucedió algo que no creí que pasaría. Enviaron a una estrella a mi ubicación para llevarme de vuelta, querían sacarme de este planeta sin cumplir mi misión. Flor moriría. No podía permitir eso.

La estrella que descendió en la tierra era Mergesz, la más pode-

rosa. Estábamos cerca de la ubicación de Sol, cuando de repente frente a nosotros se nos apareció.

-Se acabó tu misión, Dube, vuelve a tu estrella natal si no te llevaré a la fuerza- sentenció Merguez.

-Escúchame, por favor, este planeta se destruirá si no hacemos algo.

-Este planeta no vale nada para nosotros. Deja a la persona que está a tu lado y vuelve a nuestra constelación

Rápidamente comencé a correr para enfrentarme a Merguez. Usé un impulso radioactivo de energía para sacarlo a un lado, él hizo lo mismo pero para volver a estabilizarse y comenzamos a golpearlos.

Flor no podía ver, no quería que me lastime ni que dañe a alguien más. Mientras más energía usaba, menos tiempo me quedaba de vida y más cansado me sentía.

Él comenzaba a ganarme en habilidad y poco a poco me decaía, mi tiempo límite bajó a cinco horas. Con unos simples movimientos me lanzó en el suelo y comenzó a hacer manualmente la transfusión de mi cuerpo hasta la estrella. Es doloroso que otra persona te lo haga... comencé a gritar muy fuerte. Estaba empezando a cerrar mis ojos hasta que apareció Flor con un caño que encontró en el suelo y golpeó a Merguez en la nuca, dejándolo inconsciente.

Con mucha debilidad me fui levantando del suelo, Flor me ayudó. Ella se sentía muy preocupada por mí. Mientras más nos acercábamos a donde estaba Sol, más se sentía la energía que se desbordaba de su interior. Ella sufría.

Entramos al lugar y había un círculo de fuego que lo rodeaba, estaba desprendiendo toda su energía restante. Mientras tanto, el Sol estaba por comenzar a desprender llamaradas solares.

-Me estoy acercando a ti Sol, tranquilo, sé que venir a un lugar desconocido puede ser extraño y solitario para vos, pero yo estoy aquí, estoy a tu lado.

-No sé qué hacer, me duele no poder saber cómo volver a mi estrella. Sé que si no regreso todo se destruirá, pero no puedo controlar mi propia energía.

Las opciones se acababan, lo único que me quedaba era hacerle una transfusión para pasar su energía hasta su estrella.

Merguez se levantó del suelo enojado y fue corriendo a buscar-me. Yo me acerqué cada vez más a Sol, solo podía entrar al aro de fuego si él confiaba en mí.

-Estoy aquí solo para ayudarte.- le aseguré a Sol.

Di un paso y Sol me dejó entrar:

-¡No!-

se escuchó el grito de Merguez.

Él sabía qué sucedería si le daba mi energía.

- ¡No lo hagas, morirás si lo haces!- me imploró.

Comencé a hacer la transferencia para enviar su cuerpo a la estrella, mi energía se agotaba muy rápido, Flor lloraba, ella no quería que lo hiciera.

Sol comenzaba a desaparecer, estaba volviendo a su estrella.

Merguez corrió hacia el aro pero Sol no lo dejó pasar.

Los segundos se hacían eternos, veía alrededor de mí cada detalle. Me di cuenta de que yo aparecí cerca de esta fábrica ya que de lejos se veía a aquella primera persona que vi en este planeta.

Me quería disculpar por correr de ella pero ya no podría.

Sol recibió toda la energía y volvió a su estrella, me caí al suelo

y ya no volví a levantarme, mi estrella se apagó.

Flor y Merguez se acercaron a donde yo me encontraba, Flor lloró mucho al verme en el suelo.

La tierra se salvó, el mundo no sabrá por qué pero me conformé con que Flor lo supiera.

Mi estrella era la única en mi constelación que dejó de brillar, Merguez volvió a su estrella natal.

De vez en cuando, Flor mira al cielo y piensa en mí. Mi estrella quedó oscura pero, a veces, se veía como una mínima luz salía.

Mi alma aún estaba ahí. Quizás con el tiempo renazca, quizás no.

Todas las estrellas son como los humanos. Brillan y no dejan de brillar. El alma de cada humano es única y vale demasiado.

Aunque las estrellas dejen de brillar, nuevas van a nacer. El alma de cada uno es una estrella.



Larga vida

Camila Andrea Fernández

Vivíamos en Lattakia, Siria. Mi infancia terminó cuando conocí los refugios, a los cinco años. Cada vez que veíamos las luces rojas en el cielo, mamá me llevaba al sótano sucio que teníamos mientras papá apagaba todas las luces de casa; entonces esperábamos agachados y abrazados a que los temblores pasaran y los relámpagos (como le decían a las luces de los misiles estallando) se apagarán. Yo sentía que el corazón me estallaba y era tanto el miedo que casi no respiraba. Cuando pasaba todo, papá salía y verificaba que no hubiese peligro; después volvía y mamá y yo regresamos a casa. Esos episodios empezaron un lunes y continuaron la semana siguiente. Desde ese día no pararon; a partir de entonces se suspendieron las clases así que ya no fui al jardín ni a la primaria. Mis papás viajaban más seguido a Damasco, y yo me tuve que quedar más días con mi tía. Cuando hablaban de lo que pasaba lo hacían en voz baja, como si las paredes escucharan. Hablaban de un viaje a América, que era otro continente; me decían que nos íbamos a mudar a un lugar más lindo y más seguro, que íbamos a tener que aprender un nuevo idioma con diferentes letras y que se escribía al revés.

Un día mis papás me dijeron que nos íbamos esa semana. Pasó tan rápido que ni siquiera pude despedirme de mis amigos; por eso nunca lo olvidé. Fuimos al puerto con mi tía y subimos a uno de los barcos; pero mis padres se quedaron, mi papá dijo que ellos iban a tomar otro. Con mi tía fuimos hasta Damasco, dormimos en el aeropuerto y al día siguiente tomamos un avión. Ahí conocí a una niña de mi edad que se llamaba Shaina; ella sí venía con sus papás. En las horas que estuvimos en el avión hablamos mucho y nos hicimos amigos. Después supimos

que íbamos a distintos lugares y eso nos entristeció.

—Tía, ¿dónde estamos?— le pregunté.

—Estamos en Argentina— respondió dulcemente.

—¿Cuándo van a venir papá y mamá?— le dije. Ella se afligió, aunque yo no sabía bien por qué.

—Tranquilo, ya van a llegar en algún otro vuelo— respondió y me abrazó más fuerte

Caminamos hasta la puerta de salida y junto a ésta vi a una señora y a una mujer con un cartel en mi idioma; mi tía lo leyó en voz alta: "FAMILIA HABIB: ¡BIENVENIDA A ARGENTINA!". Después se acercó a la señora, habló con ella y fuimos a una casa, a su casa. Mi tía llevó mi mochila y su bolso a una pieza grande con una cama que parecía cómoda. Me acosté y me quedé dormido.

Cuando desperté mi tía no estaba, pero escuchaba su voz hablando en otra habitación. Seguí su sonido hasta una sala que parecía un comedor y a la vez una cocina; estaba hablando con la señora del aeropuerto en árabe, y estaban sentadas en la mesa redonda tomando el mate que toma la tía en casa. Cuando me acerqué ella me miró y sonrió.

—Qué guapo mi sobrino ¿no te parece, Mari?— le preguntó a la señora.

—Muy cierto, Kala. Un niño hermoso— asintió la señora con una gran sonrisa y el mate en la mano. Hablaba perfecto el árabe, pero no parecía ser siria

Mi tía me acercó un pedazo de khubz con hummus que había traído para que comiera, lo tomé y me lo terminé en menos de un minuto; tenía hambre. Pasó más o menos un mes y mi tía ya sabía un poco más el español. Había conseguido un trabajo en

el comercio de la señora llamada Mari. Yo todavía no aprendía muy bien el idioma, me costaba escribir mi nombre al revés, pero me fueron enseñando y cuando supe decir lo más importante, pude ir a la escuela con otros niños; aunque no hablaban conmigo porque no nos podíamos entender, además era nuevo y me sentía extraño, era lindo ir.

El 17 de abril celebramos el día de la Independencia de Siria, (aunque yo no sabía mucho cómo era eso), y la tía preparó comidas de casa: khubz con hummus, fattoush y mi preferida, el Zataar; con blaklava como postre. Otro día también hicimos teskieh con aceite. Cuando fue la independencia de Argentina, Mari cocinó una comida que se llama “empanadas”, y para la tarde hizo otras que se llaman “tortafritas”, que eran riquísimas y se comían con mate o con “mate cocido” (que era una especie de mate, pero sin bombilla).

Mis papás no llegaron en ese momento;

-tal vez todavía no pueden conseguir un vuelo, Imran

decía mi tía, pero después ella la miraba a Mari y arrugaba la nariz, así que me daba cuenta de que mentía porque siempre que miente arruga la nariz. Un día escuché decir a la tía que habían bombardeado Lattakia, y que esperaba que mis papás ya hubiesen llegado a Damasco. Yo los extrañaba, porque me sentía solo sin ellos pero no decía nada.

—¡Imran, vení para acá; alguien quiere hablar con vos!— me gritó un día mi tía desde la cocina. Tomé el teléfono, la vi muy contenta.

—¿Hola?— hablé al teléfono.

—¡Hola mi bebé hermoso!— dijo una voz al otro lado. Estaba llorando. Era mi mamá.

—¡Mami!— empecé a llorar yo también —¡Mamá, te extraño!

¿Ya te encontró papi?

—Sí mi amor, ya me encontró. Estamos en Argentina. Ya pronto nos podremos ver.

—¿Van a venir? ¿Cuándo llegan?— pregunté rápido.

—Hijo, ahora te paso con papá, ¿dale? ¡Te amo mucho!— dijo mi mamá y su voz desapareció.

—¡Hola, campeón!— la voz que estaba hablando era la de mi papá.

—¡Hola, papi! ¿Van a venir a buscarme?— le dije al teléfono.

—Hijo, ¡vos vas a venir a nosotros! Vamos a vivir en un lugar hermosísimo; lleno de lagos, flores, árboles blancos y marrones, pájaros de los colores más lindos. Ahora pásame con tu tía para poder hablar con ella un ratito. ¡Ya nos veremos, hijo! ¡Te amo!

—Bueno Imran, ¡parece que nos mudamos a Neuquén!— dijo tía Kala cuando colgó el teléfono.

—Dicen que es la tierra del petróleo y la belleza, ¿no es cierto, Mari?— miró a la señora y se rieron.

—Realmente la Patagonia es hermosa— dijo Mari.

—¿No se llamaba Neuquén?— Le dije a la señora. Ella se rió.

—Neuquén es una provincia, pero a esas tierras se las llama “Patagonia”— respondió Mari después de un momento —Es bueno y hermoso que puedan reunirse padres e hijo de nuevo aunque sea triste separarme de ustedes— dijo, al final, y se fue a la cocina a poner la pava.

—Allá vas a poder hacer nuevos amigos, y tal vez también encuentres a niños que vengan de otros países— me dijo la tía mientras se ponía en cuclillas para mirarme a los ojos. Yo me puse contento. Tal vez no sería el único niño extranjero en la escuela

La escuela era re linda. Cuando empezábamos siempre cantábamos una canción y alzábamos una bandera bellísima: tenía dos franjas celestes y otra blanca en el medio con un sol amarillo

con ojos, boca y nariz. La seño que teníamos cantaba hermosísimo, y siempre bailaba con nosotros. Una vez me ayudó y bailamos juntos la Danza de Espadas, de mi país (aunque en vez de usar espadas, usamos unos palitos). Un día, poco después de que yo llegara, vino un niño nuevo que hablaba árabe como yo, así que nos quedamos juntos.

Luego de dos meses pudimos viajar a Neuquén. Tuvimos que hacerlo en colectivo,

—porque no podemos pagar un avión

dijo tía Kala. Durante el viaje (que duró casi un día) vi el cambio drástico de paisajes con horizontes planos y rutas rectas a paisajes bordeados de montañas, con rutas serpenteantes. Cuando estábamos por llegar se me empezó a hacer un nudo en el estómago, hacía meses que no veía a mis papás y no sabía exactamente qué iba a pasar; estaba muy nervioso.

—Vamos a ir a un pueblo llamado Junín de los Andes, ahí hay un hermoso río y lagos cercanos, unas hermosas montañas y un volcán lleno de nieve— dijo mi tía cuando no faltaba tanto para llegar.

—¿Qué es la nieve, tía?— le pregunté, emocionado; no sabía lo que era. Mi tía se rió pero no me explicó.

Llegamos a la terminal y entonces los vi. Estaban sucios y parecían cansados, pero cuando me vieron enseguida se arrodillaron y estiraron los brazos. Yo corrí y los abracé. En ese momento supe que no necesitaba decir ni una palabra; el abrazo lo decía todo.

—¡Ay, estás tan grande!— dijo mi mamá sin dejar de besarme la cara.

—*¡Pero si pasaron unos meses no más!*— *le dije yo entre risas, besos y abrazos.*

—*Gracias, Kala, por cuidarlo todo este tiempo. No nos habían dado la visa hasta hace una semana. En cuanto lo supimos, agarramos nuestras cosas y nos vinimos. Casi no pudimos salir de Damasco porque nuestro vuelo fue el último que despegó. Al día siguiente bombardearon Lattakia. Luego cerraron el aeropuerto. Ayelén nos fue a buscar a Neuquén y nos trajo hasta acá— le dijo mi mamá a su hermana.*

—*No fue nada, querida. Cuando escuché lo del bombardeo en las noticias me preocupé bastante, ya vieron cómo quedó Alepo.*

—*Lattakia ya no es lo que era antes, está casi tan destruida como Alepo— le dijo mi mamá*

Ese día nos fuimos a vivir todos juntos con la señora Ayelén y su hija Lilén.

El primer día de escuela fui a la sala y, para mi sorpresa, vi a Shaina sentada en el segundo banco. Ella me vio, sonrió, se levantó y nos dimos un gran abrazo. No podía creer lo feliz que estaba: tenía a mis papás conmigo de nuevo y había reencontrado a mi amiga en la escuela. Ese año llegaron muchos niños sirios así que siempre nos juntábamos todos y hablábamos en nuestro idioma, porque todavía no sabíamos muy bien el español.

Conocí cómo era la nieve un invierno, y también los cerros. Cuando volvíamos de caminar Shaina, Lile y yo, mamá nos preparaba mate cocido con tortafritas, una costumbre que habíamos tomado de los argentinos. Igualmente seguimos comiendo las comidas de nuestro país, como el Baba Ganuch, y haciendo khubz, en vez de comer el pan de acá.

Un día estábamos Shaina y yo en la escuela y la seño nos dijo el significado de su nombre.

—*Mi nombre, Sayen, significa “mujer de gran corazón”. ¿Sa-*

ben si su nombre tiene un significado especial?— preguntó con una sonrisa.

—El mío significa “maravillosa”, seño— dijo Shaina muy entusiasmada, y yo pensé que le quedaba muy bien el nombre.

—Y el tuyo, Imran, ¿significa algo especial?— me preguntó la seño. Después de un instante me acordé.

—Mi nombre significa “larga vida”, seño.

Ustedes, ¿qué creen? ¿Me quedará bien el nombre?



Bárbara

Julieta Oriana Yáñez Furtado

Hace ya treinta años decidieron venir a habitar la Argentina. Hernán y Alexandra, fieles y enamorados desde la infancia. Sus padres eran alemanes. Viven en una casa de madera, hecha con mucho esfuerzo, ubicada en la Villa 21 de la ciudad de Buenos Aires. Héctor, el hermano mayor de Hernán, murió trágicamente por asfixia causada por la sobrecarga de personas que traía el tren. Tres de los miles y miles de alemanes que huyeron de su país hacia otros destinos, con nuevos rumbos. Todos tenían la ideología de que emigrar era un método único para la solución precaria e insostenible ante diversas situaciones sufridas; fue cuando decidieron habitar una tierra desconocida. Además, en lo particular, Alexandra y Hernán quisieron escapar de los problemas familiares que tenía ella a causa de la división de bienes tras la muerte de sus padres.

En aquellos tiempos, allá por el 2001, Alemania estaba sufriendo una crisis económica provocada por una invasión de refugiados producto de las deudas entre naciones, donde las condiciones climáticas no eran favorables; había más gente que alimentos para consumir. Esto produjo disturbios con frustración y desesperación en la sociedad, porque sufrían las graves privaciones de sus derechos socioeconómicos, crecía la desigualdad territorial, había más crisis, más conflictos y mucha inseguridad. Fue allí donde Hernán, Alexandra y Héctor habían llegado al consenso de querer habitar este país. Uno lo intentó, pero no lo logró.

Al llegar, con mirada entrañable, Alexandra se dedicó a ser modista. Tenía un buen talento para remendar pantalones, remeras o vestidos, tenía ese toque que la incentivaba para dedicarse a eso y no a otra cosa. Hernán investigó las tradiciones y consu-

misiones argentinas, y se dedicó a preparar y a envasar bolsas y bolsas de carbón, de sol a sol, para así salir a vender a sus vecinos. No les iba bien, la Villa no los trataba bien ni los ayudaban en la venta de sus productos. Al ser extranjeros, y con formas de vidas en pleno cambio, eran gente extraña y nadie se arriesgaba a mantener una relación con ellos. Eran al principio sólo ellos dos, sin nada ni nadie que los acompañaran.

Bárbara llega inesperadamente luego de dos años. Era la luz de sus ojos: una chica aplicada, sobresaliente, callada pero muy simpática que se formó en la “escuela del barrio”. Luego se dedicó a estudiar Medicina en la UBA, una Universidad reconocida en esos tiempos. La familia contaba con lo justo y necesario para que ella pudiera ir a cursar, caminando kilómetros porque no tenía ni monedas para el colectivo.

Al graduarse de médica en Bárbara surgió, como en sus padres, el instinto luchador. Tenía como escudo la pasión y su espada era el poder de acción. En el desarrollo de sus prácticas supo que su herramienta infalible de contención y seguridad eran los abrazos sin tiempo de ellos, lo que transmitía a sus pacientes. En cada niño, en cada adulto, había mucho amor y miedo que absorber y expresar, y a ella esas situaciones la motivaban para hacer siempre el bien.

Bárbara era una Médica muy reconocida a nivel nacional, ya que a pesar de su limitada condición de vida, tuvo un diploma de honor por el mejor promedio de esa promoción. Un día, llegó una oferta de trabajo, originada por una demanda por el escaso nivel de profesionales, en Montevideo, Uruguay. Requerían un alma joven, llena de energía para impulsar la pasión en los estudiantes de medicina y, así, diversificar y contagiar su talento, embebido también con su cultura.

En Uruguay también encontró una Organización Nacional de niños abandonados por sus padres, que padecían enfermedades terminales rarísimas producto de la poca higiene de los hospi-

tales a la hora de atender un parto. Los niños venían de familias humildes; los padres los llevaban allí para que vivan sus últimos tiempos. Ellos carecían de amor, de valores y de mucha atención. Bárbara no lo dudó, investigó mucho la organización uruguaya y las enfermedades que contraían los niños, vio y sintió la necesidad de protección por sus estados y por sus entornos.

Al transcurrir la primera quincena de marzo, se despidió de los suyos. Muy nerviosa tomó un avión por primera vez en su vida y voló hacia allá con muchas expectativas de poder brindar alegrías y momentos para recordar a los niños, en lo que le restaba de su vida y en su profesión. Sabía que irse a otro lado implicaba cambios de rutinas, tiempos, costumbres, creencias y modo de vida; pero era un riesgo que ella quiso tomar con mucho entusiasmo y responsabilidad. Además la emocionaba la idea de ser migrante, como lo fueron sus padres; sabía que desplazarse era muy positivo para las oportunidades que le ofrecía su trabajo, y por eso lo tomó como una fuente de reflexión para entender las circunstancias actuales y creer cómo se sintieron sus padres aquella vez, aunque mantenía la ilusión de que al menos allí la pudieran incluir de manera positiva.

Al sentarse en el umbral de la Organización, a media mañana, pensó y sintió en carne propia el indudable fenómeno migratorio que muchos años atrás habían sufrido sus padres (todo nuevo para todos), pero siempre en búsqueda de nuevos inicios buscando el mejor lugar para asentar una familia; en definitiva, según la historia de sus padres, buscar un mejor nivel de vida, sin violencia, en pos de tener un espacio y un tiempo para que su voz tenga voto.

Años atrás, en conflictos bélicos, muchos amigos y familiares de Bárbara perdieron sus vidas, sus fuerzas y esperanzas. Todos sus derechos –lagrimeaba Bárbara– casi ya a oscuras, cercenados. Se sintieron siempre perseguidos y excluidos, otros iguales hicieron callar sus voces y sus pensamientos.

Supervivencia fue el mejor legado que le dejaron sus padres. Ser desigual fue moneda corriente en este mundo global y diverso cultural inimaginablemente, desde que Bárbara nació. Pero el espíritu que la llevó a ser una gran profesional fue pensar en que existen grandes diferencias entre los humanos en esta nueva tierra de oportunidades a enfrentar, principalmente, con el valor de la decencia y la honestidad.

Bárbara piensa algún día volver a la tierra de sus antepasados. Sabe que una persona tiene derecho a salir y a regresar de su país. Además, es la promesa que les hizo a sus padres a la hora de partir.

Bárbara siente y lo expresa en cada acción que realiza en su trabajo y en su vida personal, que va a adquirir mayor protagonismo, así como también mantiene una marea interior y ella piensa en algún día volver a Europa a capacitarse, donde seguramente el cruzar fronteras, como lo hizo ahora, seguirá palpitando emociones que sintieron sus padres: esta vez, la “tierra incógnita” será para ella.



Volver a empezar

Tania Garabito

Estoy sobrevolando la ciudad y sentimientos encontrados me producen mucha tristeza. Mi hogar y mis afectos quedaron atrás. He quemado las velas en el camino y ya no hay retroceso. Mientras miro a los pasajeros, me distraigo de mis pensamientos. Cada uno en lo suyo, sin darse cuenta de quiénes están a su lado. No me ven ni perciben lo que pasa por mi mente.

De pronto, alguien se sienta a mi lado y entablamos una conversación casual. Nada importante, pero igual siento la calidez de su persona que nota mi presencia.

-Hola, soy Luis, ¿y vos?

-Yo, Mónica

El tuteo rompe el hielo y descubro que en el mundo hay otra gente que se puede acercar y mostrar algo de amistad. Repentinamente, me siento aliviada.

-Espero que éste no sea uno de esos viajes tediosos y cansadores que he tenido otras veces.

-Es mi primer viaje largo— respondo, un poco angustiada por la partida.

-Siempre hay una primera vez. La mía fue hace cinco años. Los viajes ya son una costumbre para mí. Pero siempre prefiero llegar a destino lo antes posible.

-En este momento me sucede lo mismo. Ya quisiera llegar

Conversamos de trivialidades y compartimos un café. La travesía se hace muy agradable y en ese momento me doy cuenta

de que también otros seres salen de sus hogares en busca de su destino.

Al llegar a la ciudad, descendemos del avión, nos saludamos y despedimos amablemente. En el aeropuerto, María me está esperando y me recibe con un gran abrazo.

-Mónica! ¡Ya estás aquí, por fin!

-¡Tanto tiempo sin vernos!

También me alegro de ver al fin una cara conocida y amiga.

La casa de María me sorprende por sus comodidades, pero también su sencillez y prolijidad. Al encontrarme sola en mi cuarto, siento un vacío inmenso. Me invaden la nostalgia y el temor a lo desconocido. Un nuevo mundo, una nueva vida.

Al día siguiente, los diarios me aturden con tanta información sobre trabajos diversos. ¿Qué haré? Me decido y salgo a recorrer la ciudad con la guía de un mapa. Todos me miran con extrañeza. No me importa. Estoy decidida a empezar de nuevo. Lo pasado quedó atrás.

Cuando llego al café de Juan, una sonrisa atenta me recibe. Es breve la conversación. Sólo las indicaciones pertinentes. A las siete de la mañana ya estoy atendiendo algunas mesas de clientes apresurados. Miriam, la encargada, me llama con urgencia por un reclamo. ¿Qué se piensan? ¿Que soy un robot? Ya voy a llegar con todo.

Es una actividad seguida de otra. Atender a la gente, ayudar en la cocina con la limpieza y recién casi a medianoche volver a mi refugio. ¡Es mucho para mí! Pero lo acepto porque es lo que elegí. Supongo que es el precio que hay que pagar por la libertad. María y Julio casi no están en la casa, pero en los momentos que coincidimos todo es muy agradable. Tienen dos niños que son muy afectuosos y cuando les llevo algún regalo, festejan como si fuera Navidad.

Hoy me llamó mi madre. Me extraña terriblemente, siento que se contiene para no manifestar su emoción, pero el tono de su voz quebrada la delata. Corto la comunicación y me retiro a mi cuarto a llorar. Se me hace difícil esta estadía elegida, pero no regresaré. No tiene sentido estar cerca de quienes amo si no puedo ayudarlos como quisiera.

Entonces, al día siguiente vuelvo a empezar la rutina. Ya me acostumbré y siento que hice bien en venir a esta tierra extraña. Ahora ya no es tan extraña. Cada vez me es más familiar. Estoy construyendo una nueva vida, y con ella le estoy dando una vida más cómoda a mi familia. Tengo muchas oportunidades para crecer y día a día las voy aprovechando.

Esta mañana radiante de otoño espero impaciente el próximo vuelo que me llevará en mi primera visita a la familia después de tres largos años. Estoy llegando a la escalerilla del avión y veo que por ella baja alguien que me resulta conocido. Es Luis, mi acompañante de asiento en mi primer viaje. Se alegra mucho de verme:

-¡Mónica!, ¡tanto tiempo! ¡Qué grata sorpresa! ¿Cómo estás?

-Estoy muy bien, ¿y vos?

-Vuelvo de un viaje de negocios. Mi vida ya está bastante encaminada.

-Me alegra, para mí es más difícil, pero no imposible. Estoy volviendo a empezar y los comienzos nunca fueron fáciles

Nos despedimos, subo al avión y Luis se pierde entre la gente. Me siento al lado de una amable anciana, quien empieza a quejarse de algunas molestias.

Bueno, es la vida. Antes fue Luis, hoy es esta señora. En fin, estoy conociendo el mundo como es en realidad. Quizás mañana encuentre que la vida me sorprende otra vez con buenas noticias. Lejos, mi madre me espera y yo estoy ansiosa por abrazar-

la. Es lo único que importa en este momento.



El engaño

Nicolás Gutiérrez

La historia narra la vida de una joven llamada Valeriana Ramírez, quien, por necesidad de ayudar a sus padres, tuvo que comenzar a trabajar a los dieciséis años en una pescadería de Puerto Montt, Chile. La joven tomó la decisión de salir a trabajar ya que veía el esfuerzo que realizaban los padres para mantener la casa y a sus ocho hermanos, de los cuales seis de ellos eran menores de trece años. Como era la mayor de todos tuvo que salir a buscar trabajo, con tanta suerte que la tomaron en la pescadería que se encontraba cerca del puerto.

Al llegar a su casa, luego de quedarse en la pescadería aprendiendo las tareas que debía realizar, estaba contenta porque podría ayudar a sus padres (Isabel Pérez su madre y Alberto Ramírez su padre), pero a la vez triste, porque tendría que dejar los estudios ya que el trabajo le demandaría gran parte de la mañana y de la tarde. No sólo trabajaría en el puerto, sino que también tendría que ayudar a su madre en la casa y con los hermanos más chicos.

Ella era una joven muy simpática y alegre, más allá de las tareas que debía realizar en el trabajo y en su casa siempre se la veía contenta. Su vida era muy rutinaria y así fue como pasaron rápidamente los años, hasta que fue mayor de edad. En el ámbito de trabajo Valeriana tenía muy buena relación con todos sus compañeros, incluyendo al patrón, el señor Juan Pablo Toro. Un hombre sencillo, quien también mantenía una buena relación con sus empleados. Éste cambió notablemente su trato con ella, considerando que además de simpática y alegre era muy apuesta. Ahora, con diecinueve años, siendo toda una mujer, el señor Toro comenzó a verla con ojos deseosos.

Valeriana fue advertida por algunos de sus compañeros, quienes notaron el cambio repentino en la forma de mirarla, el trato, el estar constantemente pendiente de cuanto hacía. Pero ella, tan ingenua e inocente, no le dio importancia y, mencionando que la conoce desde que comenzó a trabajar, le era difícil creer lo que sus compañeros le advertían.

Al poco tiempo, el señor Toro buscó la manera de acercarse a ella, ofreciéndole un ascenso como administrativa de la pescadería. Pero como ella no tuvo la oportunidad de estudiar, no tenía conocimiento de lo que era administrar un lugar y rechazó su propuesta. Toro se tornó un tanto insistente, mencionando que él le enseñaría y ella accedió, con la condición de que si veía que el trabajo era muy difícil lo rechazaría. El señor Toro la citó después de terminar su turno para poder enseñarle y ella aceptó.

Cumplió su horario de trabajo a las 17:30 hs y se presentó en la oficina, donde quedarían los dos solos. Luego de que se retiraran sus compañeros, mantienen una charla agradable. Valeriana nota nervioso al señor Toro, ella con toda su confianza le pregunta por qué se encuentra así, a lo que el patrón le confiesa que desde ya hace tiempo él había comenzado a sentirse atraído por ella, que no sabía cómo decirle. Así confirmó la advertencia de sus compañeros y le manifestó que no quería el puesto y que se quería retirar. El patrón insistió diciéndole que todo va a estar bien, comenzó a acercarse lentamente, acorralándola. Valeriana, que no superaba el metro cincuenta de estatura y su peso rondaba los 55 kilos, no tuvo mucha posibilidad de defenderse. De todas maneras hizo lo posible para que desistiera de su postura, pero Toro logró su cometido... la violó durante una hora interminable y cuando terminó le advirtió que si alguien se enteraba de lo sucedido, se quedaría sin empleo. Luego se retiró dejándola desnuda y con su inocencia destrozada. Valeriana después de dos horas tomó fuerza y como pudo se vistió y se dirigió a

su casa.

La madre de la joven, la señora Isabela, al llegar le recordó la hora en la que debería haber llegado y le preguntó que dónde había estado, que porque había llegado tan tarde. La muchacha le contó lo sucedido, pero no encontró consuelo en las palabras de su madre, sólo le respondió que seguro ella lo había provocado y que se dejara de lloriquear, que pase a cenar, luego a descansar que mañana tiene que trabajar nuevamente. La joven, sorprendida por la respuesta de su madre y por todo lo sucedido, se fue a su cuarto llorando sin consuelo y pensando que tendría que continuar trabajando como si nada hubiese sucedido.

Al día siguiente se levantó, sin haber dormido nada, y se fue a trabajar con mucho miedo. Cuando llegó al trabajo, lo vio al patrón con mucho odio pero sin poder hacer nada, comenzó su día de trabajo como de costumbre. Los compañeros le preguntaron que cómo le había ido en la práctica de su nuevo puesto; ella les dijo que era muy complicado y que lo había rechazado, que continuaría trabajando con ellos. Luego de dos meses, Valeriana comenzó a sentir cambios en su cuerpo y estado de salud, como mareos, vómitos, junto a otros síntomas que claramente eran de embarazo.

Asustada, no teniendo amigos a quien confiarle lo que estaba sucediendo, nuevamente le contó a su madre con mucho miedo debido a lo que había sucedido con la charla anterior. La madre, cuando llega el padre de la joven del trabajo, le comenta lo sucedido.

Valeriana observa desde la puerta del cuarto con mucho temor; nota que hablan en voz baja mientras que el señor Alberto cenaba.

A la mañana siguiente la joven se levantó para ir a trabajar, también lo hizo su madre. Sorprendida le preguntó que por qué se había levantado tan temprano, a lo que la madre le respondió que trabajaría por una semana más y luego tendrían que reali-

zar un viaje. Valeriana le preguntó por qué tendría que viajar y a dónde; la madre sin responder se retiró al cuarto. Luego de unos días, nuevamente la madre de forma repentina se levanta por la mañana, otra vez y Valeriana se sorprendió

-¿Madre, cuál es el motivo de levantarse tan temprano?

-Hoy es el último día que trabajarás en la pescadería

-¿Pero... Por qué?

-Porque debemos empacar para realizar el viaje el día de mañana

Valeriana continúa haciéndole preguntas y la madre, para dejarla tranquila, le responde:

-Es que tengo una amiga en Argentina con la que he tenido contacto hace unos días atrás y me contó que allá se vive mejor.

Valeriana, más tranquila pero no del todo convencida, le responde que hoy hablaría con el jefe para que le pague los días trabajado, así vendría más temprano para hacer las valijas.

Al llegar al trabajo Valeriana se dirige a la oficina para hablar con el señor Toro. Éste se sorprende; sin mucho rodeo, le pide que si podía pagarle los días trabajados. El patrón le pregunta si tenía problemas económicos, pero Valeriana, que continúa enojada por lo que había sucedido, le responde de forma prepotente mientras piensa que ya no trabajará más allí, que no tiene por qué rendirle explicaciones.

El señor Toro le contesta que no tiene problemas en pagarle por adelantado. Luego de unos minutos, mientras Valeriana se despedía de sus compañeros, el señor Toro la llama finalmente para pagarle. Al momento de rendirle se lo notaba nervioso y con voz temblorosa, le pide disculpa por lo ocurrido aquella tarde, a lo que la joven le responde:

-Lo que usted hizo conmigo no tiene perdón, y si hay alguien que lo perdone sería Dios.

Llega a la casa, comienza a empacar y se acuesta temprano. El día de la partida fue un 31 de agosto, Valeriana y su madre Isabel emprendieron el viaje hacia Argentina.

Luego de dos días de viaje, finalmente llegaron a la Argentina. Pasaron por el paso Pino Hachado, en Las Lajas, y se quedaron a pasar la noche en Zapala.

Durante el viaje Valeriana y su madre no hablaron mucho, lo que hacía todo un tanto incómodo. Solamente hablaban cuando paraban a comer y a descansar. En Zapala lograron llegar a la terminal, en la que compraron los pasajes para Neuquén. El colectivo salía en dos horas. La joven quiso sacarle información a su madre con respecto a la señora que iban a visitar. La madre le comentó que era una vieja amiga que vivía en el pueblo y se vino a la Argentina aproximadamente hace cinco años. Se llamaba Jacqueline Lara, quien le dejó una carta con la dirección donde vive. Valeriana quedó aun más tranquila; habiendo pasado las dos horas comenzó el viaje a Neuquén.

Al momento de llegar a la capital de la provincia, Valeriana, sorprendida por la cantidad de gente que vivía allí, se puso algo contenta porque ve que todo es más avanzado. La señora Isabela preguntó por el refugio de mujeres que se encontraba en la calle Primeros Pinos, donde también había una iglesia; pero nadie conocía ese lugar. Hasta que le preguntó a un señor de auto amarillo muy llamativo, quien la supo guiar, mejor aún, la llevó porque se trataba de un taxista.

Al llegar al refugio se encontraron con la señora Jacqueline, quien muy sorprendida las atendió y logró darle hospedaje dado que ella trabajaba en ese lugar y pudo acordar con la dirección del establecimiento.

La señora Jacqueline les dió una habitación para que puedan descansar. Luego del descanso, Valeriana notó que la madre no se encontraba en el cuarto, por lo que se levantó y la vió hablando con la señora Jacqueline. Cuando se acerca, nota claramente que cambian de tema en el momento que la ven.

Durante el transcurso del día le dan tareas en la institución que deberían realizar para justificar el uso del cuarto. Las tareas eran ayudar en la limpieza y el orden, también prepararle el desayuno y merienda a los chicos que iban a realizar actividades en la iglesia. Cabe destacar que Valeriana se adaptó rápidamente debido a que era una joven muy alegre y servicial.

Luego de unos días notó que su madre no se encontraba en el cuarto, ni en la institución; le pregunta a la señora Jacqueline quien, muy triste, le responde que su madre la dejó allí y se volvió a Chile, porque no quería que la gente del pueblo hablara mal de su familia con respecto al embarazo. Valeriana rompió en llantos tratando de entender a su madre. Por suerte, la señora Jacqueline no la dejó sola, la ayudó y la acompañó en todo lo que necesitaba. Así, Valeriana se sintió mejor.

Pasaron los meses hasta que finalmente nació su hija, producto de aquella violación, a la que recibió con mucho amor y cariño. Se llama Glenda Ramírez.

Pasaron siete meses y veía que en ese lugar no estaba mal, pero tampoco podría progresar debido a que se la pasaba ayudando en la institución. Se le ocurrió la idea de salir de allí y progresar, y conocer a alguien que tenga trabajo y se pudiera hacer cargo de las dos.

En la iglesia conoció a un joven muy apuesto llamado Ramón. Valeriana pensaba que seguía un plan, pero de pronto empezó a sentir cosas por él que nunca imaginó: conoció lo que era enamorarse y lo hermoso que se sentía. Pasó el tiempo, ellos se veían íntimamente, lo que le dio por resultado otro embarazo, un embarazo deseado, ya que cuando estaban juntos ella sentía

que tocaba las estrellas.

Se juntaron y a los tres meses de haber nacido Claudio, se casaron. Valeriana fue feliz junto a Ramón, con quien vive en la actualidad compartiendo su vida con tres hermosos hijos, frutos del amor.



Índice

“Migrantes en el Siglo XXI”, concepto y desafío	5
Migrar, ser migrante. La mirada sobre la migración	7
<i>Cruzando fronteras.</i> Victor Daniel Vielma Oliveira	9
<i>El éxodo de la mariposa.</i> Sol Sepúlveda	17
<i>Una pequeña mancha.</i> Violeta Salazar	21
<i>Los que eligen.</i> Juan Corsino	27
<i>Buscando otro lugar.</i> Daniela Gutiérrez	29
<i>Tormentas de abandono y desamor.</i> Lizbeth Torres Sandoval	33
<i>El salteño.</i> Luna Mueña	39
<i>La trágica historia de Wilson.</i> Milagro Ocampo	41
<i>Una tarde de Abril.</i> Florencia Ortega	45
<i>Ese Valiente Hombre.</i> Verónica Jara	47
<i>Almas de Estrellas.</i> Lorenzo Ditto Paulello	51
<i>Larga vida.</i> Camila Andrea Fernández	61
<i>Bárbara.</i> Julieta Oriana Yañez Furtado	69
<i>Volver a empezar.</i> Tania Garabito	73
<i>El engaño.</i> Nicolás Gutiérrez	77



El **Centro Editor** es la editorial del **Centro de Documentación e Información Educativa Alicia Pifarré**, dependiente del **Consejo Provincial de Educación**.

Nuestro catálogo se compone de obras producidas en Neuquén destinadas a la comunidad educativa.

Deseamos que este ejemplar sea de tu agrado:
ahora está en tus manos.

